

4367 N.º 469 (abcl.)

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LIBERTINAJE Y PASION.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



1857

IMPRESO.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1857.

PUNTOS DE VENTA.

Madrid: libreria de Cuesta, calle Mayor, núm. 2.

PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	Perez.	<i>Motril.</i>	Ballesteros.
<i>Alcoy.</i>	V. de Martí é hijos	<i>Manzanares.</i>	Acebedo.
<i>Algeciras.</i>	Almenara.	<i>Mondonedo.</i>	Delgado.
<i>Alicante.</i>	Ibarra.	<i>Orense.</i>	Robles.
<i>Almería.</i>	Alvarez.	<i>Oviedo.</i>	Palacio.
<i>Aranjuez.</i>	Prado.	<i>Osuna.</i>	Montero.
<i>Avila.</i>	Rico.	<i>Palencia.</i>	Gutierrez é hijos
<i>Badajoz.</i>	Ordóña.	<i>Palma.</i>	Gelabert.
<i>Barcelona.</i>	Viuda de Mayol.	<i>Pamplona.</i>	Barrena.
<i>Bilbao.</i>	Astuy.	<i>Palma del Rio.</i>	Gamero.
<i>Burgos.</i>	Hervias.	<i>Pontevedra.</i>	Cubeiro.
<i>Caceres.</i>	Valiente.	<i>Puerto de Santa</i>	
<i>Cádiz.</i>	V. de Moraleda.	<i>Maria.</i>	Valderrama.
<i>Castroudiales.</i>	Saenz Falceto.	<i>Puerto-Rico.</i>	Marquez.
<i>Córdoba.</i>	Lozano.	<i>Reus.</i>	Prins.
<i>Cuenca.</i>	Mariana.	<i>Ronda.</i>	Gutierrez.
<i>Castellon.</i>	Gutierrez.	<i>Sanlucar.</i>	Esper.
<i>Ciudad-Real.</i>	Arellano.	<i>S. Fernando.</i>	Meneses.
<i>Coruña.</i>	García Alvarez.	<i>Sta. Cruz de Te-</i>	
<i>Cartagena.</i>	Muñoz García.	<i>nerife.</i>	Ramirez.
<i>Chiclana.</i>	Sanchez.	<i>Santander.</i>	Laparte.
<i>Ecija.</i>	García.	<i>Santiago.</i>	Escribano.
<i>Figueras.</i>	Conte Lacoste.	<i>Soria.</i>	Rioja.
<i>Gerona.</i>	Dorca.	<i>Segovia.</i>	Alonso.
<i>Gijón.</i>	Sanz Crespo.	<i>S. Sebastian.</i>	Garralda.
<i>Granada.</i>	Zamora.	<i>Sevilla.</i>	Alvarez y Comp.
<i>Guadalajara.</i>	Oñana.	<i>Salamanca.</i>	Huebra.
<i>Habana.</i>	Charlainy Fernz.	<i>Segorbe.</i>	Clavel.
<i>Haro.</i>	Quintana.	<i>Tarragona.</i>	Aymat.
<i>Huelva.</i>	Osorno.	<i>Toro.</i>	Tejedor.
<i>Huesca.</i>	Guillen.	<i>Toledo.</i>	Hernandez.
<i>Jaén.</i>	Idalgo.	<i>Teruel.</i>	Castillo.
<i>Jerez.</i>	Bueno.	<i>Tuy.</i>	Martz. de la Cruz.
<i>Leon.</i>	Viuda de Miñon.	<i>Talavera.</i>	Castro.
<i>Lerida.</i>	Zara y Suarez.	<i>Valencia.</i>	Móles.
<i>Lugo.</i>	Pujol y Masia.	<i>Valladolid.</i>	Hernainz.
<i>Lorca.</i>	Delgado.	<i>Vitoria.</i>	Galindo.
<i>Logroño.</i>	Verdejo.	<i>Villanueva y Gel-</i>	
<i>Loja.</i>	Cano.	<i>trú.</i>	Magin Beltran y
<i>Málaga.</i>	Cañavatte.	<i>Ubeda.</i>	compañia.
<i>Mataró.</i>	Abadal.	<i>Zamora.</i>	Treviño.
<i>Murcia.</i>	Hermanos de An-	<i>Zaragoza.</i>	Calamita.
	drión.		V. Andrés.

147-5073

No 469 (adobe)

LIBERTINAJE Y PASION,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON FRANCISCO CAMPRODON.

58-60



MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1857.

PERSONAJES.

ACTORES.

FELIPE, conde de Kenis-	
mar.....	D. JULIAN ROMEA.
EL ELECTOR DE HAN-	
NOVER.....	D. JOAQUIN ARJONA.
EL PRINCIPE JORGE...	D. F. ROMEA.
EL BARON DE VALDEN.	D. V. TAMAYO.
LORD RIVERS.....	D. M. FERNANDEZ.
FREIBERG.....	D. N. CUBAS.
UN CORREO que no habla.	D. N. N.
UN LACAYO.....	D. N. N.
LA PRINCESA SOFIA...	D. ^a TEODORA LAMADRID.
LA BARONESA DE VAL-	
DEN.....	D. ^a CARMEN CARRASCO.

La propiedad de este drama, la de Flor de un día, Espinas de una flor y una Ráfaga, y la del libreto de las zarzuelas Los Diamantes de la Corona, El Dominó Azul, Guerra á Muerte, Marina, El Vizconde, El Diablo en el Poder, El Lancero y Juan Lanas, pertenecen á D. Francisco Camprodon, y nadie podrá sin su permiso reimprimirlas ni representarlas en los teatros de España y sus posesiones, ni en Francia y las suyas.

Los corresponsales de los Sres. Gullon y Regoyos, editores de la Galeria lírico-dramática EL TEATRO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de derechos de representacion en dichos puntos.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un pequeño salón en la residencia de verano del Elector de Hannover. En el fondo, gran salón con tres puertas que dan á la habitación del Príncipe. A la derecha, una que conduce á las del Elector. A la izquierda otra que conduce á las de la Princesa. A la derecha una gran ventana con cortinas.

ESCENA PRIMERA.

JORGE, LORD RIVERS, FREYBERG y CABALLEROS. *Al levantarse el telon se oye en el fondo estrépito de voces y carcajadas. Freyberg entra vivamente en escena con la servilleta en la mano, y se dirige á los lacayos que atraviesan la escena, cargados con bandejas llenas de copas y botellas.*

FREIB. ¡A ver si viene, pardiez! (*A su Lacayo.*)

LACAYO. Si no le pude encontrar.

VOCES. ¡Que se busque á Kenismar! (*Dentro.*)

FREIB. ¿Oís? buscadle otra vez.

(*Salen los lacayos vivamente, y entran Jorge, Rivers, Caballeros, un poco alegres con las copas en la mano.*)

JORGE. Falta el mejor bebedor;
el héroe de mis festines.

A ver si esos galopines
me le traen.

FREIB. Monseñor,
todos en su busca han ido.

JORGE. En buen hora; y entre tanto
venga otra botella al canto,
y al noble Lord Rivers pido,
que para representar
dignamente en nuestra tierra
el pabellon de Inglaterra,
me haga el honor de brindar
una sola vez.

RIVERS. Yo espero
que me absolvais de la pena,
porque el médico me ordena
el régimen mas severo.

JORGE. Vuestras excusas son vanas,
milord; mi padre me excita
á ir á hacer una visita
á las córtés alemanas,
y mañana es mi partida;
y si os negais á brindar,
creeré que quereis aguar
mi cena de despedida.

RIVERS. Entonces me determino
á hacer hoy una proeza,
y á brindar por vuestra alteza,
mitad agua, mitad vino.

JORGE. Eso es hablar en razon.
Ea, las copas llenad,
que va á hablar la gravedad...
Conque, atencion.

TODOS. Atencion.

RIVERS. Brindo por el porvenir
(Con la copa en la mano.)
de la casa Hannoveriana,
á la cual la suerte ufana
empieza hoy á sonreir.
Brindo á que la hábil persona
de vuestro padre, señor,
añada á vuestro esplendor
otra mas grande corona.

- JORGE. Yo brindo tambien, milord,
á que vuestra soberana
mi prima, la reina Ana,
me elija por sucesor;
y al través de los reveses
que se puedan suscitar,
pueda yo un dia enseñar
á beber á los ingleses.
A que una paz octaviana
prodigue dias mejores
á la reina Ana, señores,
por ella.
- TODOS. Por la reina Ana.
*(Beben, y dejan las copas en las bandejas
que tienen los criados.)*
- JORGE. Habeis logrado acertar
cuanto ambiciona mi pecho.
¿Pero que diablos se ha hecho
Felipe de Kenismar?
- FREIB. Ha poco de la otra pieza
le vi desaparecer.
- JORGE. Faltando él para beber,
falta la mejor cabeza.
- FREIB. Sus deudas hemos pagado
abriéndole la prision;
ya veis, es una traicion
habernos abandonado.
- JORGE. No temais, estando libre,
pronto nos será anunciada
alguna calaverada
de las de grueso calibre.
- RIVERS. Yo de encontrarle respondo.
*(Yendo á la ventana y levantando la corti-
na.)*
- JORGE. ¿Buscándole por ahí?
- RIVERS. ¡Oh!
(Retrocediendo horrorizado.)
- JORGE. ¡Já!... ¡já!... *(Riendo.)*
- RIVERS. ¡Qué es lo que vi!
¡Hay un abismo sin fondo!
¡Qué espectáculo tan ruin!
- JORGE. Es un salto regular

para aprender á volar;
mil pies, y un torrente al fin.

RIVERS. ¡Es una bonita cosa!

JORGE. Ea, señores, volvamos
á mis reales, que estamos
en terreno de mi esposa.

ESCENA II.

DICHOS, *la BARONESA por la izquierda.*

BAR. Señores.

JORGE. ¡La Baronesa
en mi fiesta!

BAR. No os creía
entre tanta compañía.

JORGE. ¿Y á qué debo tal sorpresa?

BAR. A un mensaje reservado.

JORGE. Si á saber habeis venido
nuevas de vuestro marido,
sigue en Lóndres muy mimado.

BAR. No señor, os vengo á hablar
de un asunto interesante.

(Se separan todos hacia el fondo.)

FREIB. *(Hoy no vendrá por su amante
el Conde de Kenismar;
le cree aun en prision.)*

JORGE. Me teneis dispuesto á oír.
¿Quereis, señora, decir
de quién es vuestra mision?

BAR. Desconsolada y llorosa
á vuestra alteza me envían.

JORGE. ¿Quién? *(Destemplado.)*

BAR. La Princesa Sofia,
mi señora y vuestra esposa.

JORGE. Que se deje de llorar;
decid que Dios me ha formado
caprichoso y mal casado,
no lo puedo remediar.

BAR. Ved que es muy grave su mal.

JORGE. Hoy me ha negado el favor
de nombrar dama de honor,

á la Barnem.

BAR. ¡Su rival!

JORGE. ¿Y querrá que complaciente
haga lo que me digais?

BAR. Os suplica que leais
esta carta solamente.

JORGE. Decid que siento su mal
en lo mas hondo del pecho;
pero que el Príncipe ha hecho
su despedida oficial:

que su carta no recibo,

y que cuanto haga le apruebo:

que me deje en paz, que bebó,

y que cuando bebo, vivo...

BAR. ¡Qué mal pagais sus quebrantos!

JORGE. En fin, bordádselo vos.

BAR. ¡Pero, Príncipe, por Dios!

JORGE. ¡Baronesa, ¡por los santos!

BAR. ¡Qué injusto es vuestro desvío!

JORGE. Puede; no digo que no.

Mas... matrimonios sé yo

que no van mejor que el mio.

Y aunque de paz aparente

gocen del mundo á la faz,

solo se debe la paz

á estar el marido ausente.

BAR. ¡Príncipe!

JORGE. No hablo por vos,

(*Con ironia cortés.*)

pues no ignora hasta el mas lerdo

que reina un completo acuerdo

en las almas de los dos.

Lord Rivers tal vez tendrá

nuevas de vuestro marido.

RIVERS. Hoy me escriben que ha salido
de Inglaterra para acá.

BAR. ¡Mi marido! (*Azorada.*)

JORGE. Emprende un viaje

por ver á su compañera.

BAR. ¡Ah, señor, de qué manera

os vengais de mi mensaje!

JORGE. Bajo palabra de honor.

su vuelta ignoraba á fé;
y en prueba de ello os daré
una noticia mejor:
y es que Kenismar, mi amigo,
está libre enteramente.

BAR. ¿Libre?... Decididamente
hoy estais cruel conmigo.
(*Saluda y váse por donde salió.*)

ESCENA III.

DICHOS menos la BARONESA, luego FELIPE, un Correo y
Lacayos.

JORGE. Pues lo mismo le ha sabido, (*A sus amigos.*)
á juzgar por su semblante,
la libertad de su amante,
que la vuelta del marido.

RIVERS. ¿Creeis que efectivamente
Kenismar mate sus ociosos...

JORGE. De encargado de negocios (*Con malicia.*)
del pobre marido ausente.

RIVERS. ¡Bien sus obsequios merece!
¡Es muy bella!

JORGE. ¿Pero en dónde
se ha metido nuestro conde,
señores, que no parece?

¿Quién promueve ese rumor?

FREIB. ¡Traen un preso!

JORGE. ¡Qué veo!

¿Preso en mi cuarto el correo
de mi padre el Elector?

¿Quién ha sido el atrevido?

FELIPE. No se enfade vuestra alteza;
he sido yo.

(*Saliendo con una cartera debajo del brazo.*)

JORGE. ¡Kenismar!

¿Y á qué te dió esa ocurrencia?

FELIPE. ¿No recordais que cenando
me atormentaba una idea?

JORGE. ¿El deseo de saber

- FELIPE. quién te hizo prender por deudas?
Tuve esa curiosidad,
y quiero satisfacerla.
Ya sabeis que el director
de policia se esmera
en mandar todos los dias
al padre de vuestra alteza,
un parte chismografia,
con las historias completas
de crónica escandalosa.
En él debe estar, por fuerza,
la historia de mi prision.
Salíme á la carretera,
vi al correo, le cogí
y le quité la cartera.
- RIVERS. ¡Arriesgadilla es la gracia!
- FELIPE. Si no hubiera riesgo en ella
no seria gracia mia,
sino gracia de cualquiera.
Aqui la cartera está;
vamos á ver lo que encierra
- TODOS. Veamos.
- FELIPE. ¡El director
(*Revisando la cartera sobre una mesa.*)
hace las cosas en regla!
Sobre cada pliego un nombre;
pero hay una biblioteca.
- JORGE. Señores, tiene razon;
repartamos la faena,
que lea uno cada uno.
- FELIPE. Dice la nota primera.
(*Tomando el pliego.*)
«Del Baron de Valden.»
- RIVERS. Reclamo esa nota yo.
- FELIPE. Sea. (*Dándosela.*)
- JORGE. ¿Das los secretos de Hannover
al ministro inglés?
- FELIPE. ¡Quimera!
¡Aqui teneis la revancha!
(*Dándole un pliego.*)
- JORGE. «¡De la corte de Inglaterra!» (*Leyendo.*)
- FELIPE. «De la princesa Sofia.» (*Lee otro.*)

JORGE. ¿De mi mujer?

FELIPE. De tristeza.
nos va á llenar esta nota.
¿La paso?

TODOS. Si.

JORGE. No; que sea
igual la ley para todos:
entérate, y danos cuenta.

RIVERS. «Del conde de Kenismar.
(Examinando otro.)

FELIPE. A ver, venga.

JORGE. Ten paciencia;
Freiberg te ejecutará
cuando te toque; que lea
cada uno por su orden:

Lord Rivers es quien empieza.

RIVERS. «La reina Ana cada día (Lee.)
«está mas tibia y perpleja,
«no sabiendo todavía
«á quién dar la preferencia
«entre los cuarenta y tres
«candidatos que la asedian.»

FELIPE. ¿Con cuarenta y dos rivales
quereis entrar en palestra? (A Jorge)
Seguid amando á la Barnim,
señor, os tiene mas cuenta.

RIVERS. «Los candidatos se afanan (Lee.)
«en encontrar influencias...»

JORGE. Ese despacho equivale
á leer una novela.
¿Falta mucho?

RIVERS. Va siguiendo
una sucinta reseña
sobre cada pretendiente.

JORGE. Pues suspended la leyenda
si os parece; dejaremos
á mi padre esa tarea.

Freiberg tiene la palabra. (A Freiberg.)

FREIB. «Participo á vuestro Alteza. (Lee.)
«que el Conde de Kenismar
«desde las cuatro se encuentra
«libre, despues de tres dias.

»de prision, por una letra
»comprada por bajo mano...»

FELIPE. { ¿Por quién?

JORGE. { «Por la Baronesa
FREIB. de Valden.»

RELIFE. ¡No puede ser!

FREIB. Vedlo con todas sus letras.

JORGE. Héte aquí justificada
la causa de la sorpresa
al saber que estabas libre.

FELIPE. Voy á hacer que me dé cuenta.

JORGE. Tiempo te queda: primero
es preciso que nos leas
la que te ha tocado en suerte.

FELIPE. Os pido gracia para ella.
Es vuestra esposa...

JORGE. No importa;
el tribunal la condena
como á los demas...

FELIPE. Pues leo.

«Al dolor de la Princesa (Lee.)

»de algun tiempo ha sucedido

»una indignacion severa

»á la persona del Conde

»de Kenismar, á quien ella

»considera como causa

»del desvio de su alteza

»el príncipe Jorge.»

JORGE. Amigo,
te guarda buenas ausencias.

FELIPE. Las mujeres virtuosas
por instinto me detestan,
y yo por corresponder,

como ley de buena guerra,
destruyo cuantas virtudes

á mi paso se presentan.

«Aquí os remito una carta (Lee.)

»que en un acceso de pcna,

»ha dirigido á su madre,

»y yo he interceptado.»

Vedia. (Enseña la carta.)

- JORGE. Oid, señores, oid,
(*Que ha estado leyendo un pliego.*)
que vale un Perú esta nueva.
«Me escriben hoy que Lord Rivers, (*Lee.*)
»del ministro de Inglaterra
»en nuestra corte, es un hombre
»de impenetrable reserva
»en ayunas, pero en cambio,
»cuando á beber se le fuerza,
»brotan espíritu y gracia
»sus chispeantes ideas.»
- RIVERS. ¡Es una absurda calumnia!
- JORGE. No hay que poner resistencia,
Milord; el Príncipe Jorge
con la copa en mano os reta.
Os lo encomiendo, señores,
acompañadle á la mesa,
que yo sostengo el palenque
entre Hannover é Inglaterra.
- RIVERS. Pues yo os probaré que siempre
soy dueño de mi cabeza.
- JORGE. En ayunas. Conde, vuelve
las notas á la carta, (*A Felipe.*)
y dáselas al correo.
(*Se van los caballeros por el foro.*)
- FELIPE. ¿Qué hago de la carta esta
de la Princesa?
- JORGE. A mi padre,
que se entretendrá con ella.

ESCENA IV.

FELIPE, luego la BARONESA.

El secreto del dolor
de un corazón desgarrado,
un marido despiadado
se lo manda al Elector,
para que pueda su alteza
reírse de su amargura;
pues lo que es esta locura
tiene mucho de bajeza,

va á su madre dirigida;
yo me encargo de que llegue.
(Se la mete en el bolsillo. Llama á un timbre, y viene un lacayo á quien da la cartera.)

Al correo, que la entregue
á quien convenga en seguida.

BAR. ¡Felipe aquí!

FELIPE. ¡Dulce bien

que mis sueños presidís!

¿A que sé á lo que venís?

BAR. ¿A qué?

FELIPE. A darne el parabien
de estar libre.

BAR. No señor.

FELIPE. ¿Qué no?

BAR. A avisar venía

á la Princesa Sofia

de parte del Elector.

FELIPE. Ya veis, tres dias cautivo

privado de vuestros ojos...

suspirando entre cerrojos...

¡Vamos, no sé cómo vivo!

Yo me decia... mi bella

vendrá á partir mi prision.

BAR. No tuve tal tentacion.

FELIPE. ¿Conque suponeis que en ella

no se está muy bien?

BAR. Cabal.

FELIPE. ¿Pues por qué me habeis metido?

BAR. ¿A ver?

FELIPE. Aqui lo he leído

en el parte original

que el jefe de policia

ha mandado al Elector.

¿Por qué tan crudo rigor?

BAR. Por vuestra coqueteria;

porque no amasteis jamás.

FELIPE. ¡Calla! ¿Con qué, segun eso,

despues de ponerme preso

quereis reñirme ademas?

BAR. Me haceis apurar las heces

de un desvío inmotivado.
FELIPE. ¡Cuántas habreis apurado
después de amar tantas veces!

BAR. Decid, ¿qué fuisteis á hacer
á casa de la Frender?

FELIPE. ¡A hacerle un poco el amor;
ya veis, se marchaba ayer!

BAR. Pues ya sabeis la razon
porque yo os hice encerrar.

FELIPE. ¿Por monstruo, eh?

BAR. ¡Kenismar,
vos no teneis corazon!

FELIPE. Es un error que no quiero
que alimenteis.

BAR. Pues probadlo.

FELIPE. Id, señora, y preguntadlo
á la hija del carcelero,
muy guapa, con una boca
chiquita como un piñón.

BAR. ¡Felipe, por compasion,
no querais volverme loca!

FELIPE. No tal. Teneis por mi honor
los ojos mucho mas bellos.

BAR. Pensad, Felipe, que en ellos
hay un uracan de amor,
y no mireis mis recelos
como un capricho fugaz,
porque de todo es capaz
la mujer que tiene celos.

Quizá el brazo vengador
de mi esposo me va á herir,
pues no acierto á ver ni oír
nada, fuera de mi amor.

No importa, mi corazon
desafiará el castigo,
pero, Felipe, os lo digo,
no juguéis con mi pasion.

FELIPE. ¡Ira del cielo! ¡Qué brava
estais en vuestra fiereza!
¡Sois la salvaje belleza
de la pantera de Java!
¡Vuestros ojos me recrean

y al mismo tiempo me admiran!

Los de las mujeres miran,

los vuestros relampaguean.

BAR. Pues los relámpagos son

preludios de tempestad.

FELIPE. Por eso es la cualidad

que me hace mas ilusion.

BAR. No la querais promover.

FELIPE. ¡Estoy por hacer la prueba!

Debe ser picante y nueva

la ira de una mujer.

BAR. Os aconsejo por vos

que no hagais la prueba esa.

Idos, viene la Princesa.

FELIPE. Adios, panterita. (*Váse.*)

BAR. Adios.

ESCENA V.

SOFIA, la BARONESA.

SOFIA. ¿Quién es el que estaba aqui?

BAR. El conde de Kenismar.

SOFIA. Sin duda quiere evitar

verse delante de mí.

Hoy me inspira repugnancia

su escandalosa existencia.

¡Qué cambio! ¡Qué diferencia

del tiempo de nuestra infancia!

¡No hay ni un recuerdo bendito

en su corazon desierto!

¡Para él todo está ya muerto!

¡Para mí todo marchito!

¿Visteis á mi esposo ya?

¿Le disteis mi carta?

BAR. Sí.

SOFIA. ¿Qué os contestó?

BAR. Vedla aqui.

(*Enseñándole la carta.*)

SOFIA. ¡Sin abrirla! Bien está.

Y su padre, el Elector,

qué os ha dicho?

BAR. Que al momento
va á venir á este aposento.
Vedle, señora.
(Aparece el Elector, y se retira por la izquierda.)

ESCENA VI.

SOFIA, el ELECTOR.

SOFIA.

(¡Valor!

Si él quiere poner remedio
puede mi angustia calmar.)

ELECT.

(¡Si yo pudiese quitar
este estorbo de por medio!)
¿Me habeis llamado, hija mía?
Sentaos.

SOFIA.

Gracias, señor. (Sentándose.)

He dado á la Baronesa
de Valden la comision
de pedir os una audiencia,
caso que mi esposo no
quisiera oir de mis labios
las quejas de mi dolor.

ELECT.

Jorge es sin duda culpable,
¡muy culpable! pero vos
no haceis gran cosa tampoco
para contentarme.

SOFIA.

¿Yo?

ELECT.

Vos, que no ignorais, Sofia,
mis ensueños de ambicion
para la casa de Hannover,
debierais cuidar mejor
de que Lord Rivers, que espia
con solícita atencion
los defectos de mi hijo,
armas para rebajarle
en Lóndres.

SOFIA.

¡Qué injusto sois!

¿Quién su descrédito labra?
¿Es su conducta, ó soy yo?

ELECT.

En quejaros de sus faltas,

Sofia, teneis razon;
pero debierais callarlas
cual yo las calló.

SOFIA. ¡Ah, señor!

¡Ultrajes lloro á millares,
que solo los sabe Dios!

ELECT. Hoy ante toda la córte
á la hora de recepcion,
promovisteis un conflicto.

SOFIA. Cuando se tiene valor
de presentar á una dama
noble y digna como yo,
á su manceba, á quien quieren
que nombre dama de honor,
la dignidad se subleva
ante tamaño baldon.

ELECT. Pero se ha dado un escándalo.

SOFIA. Entonces quereis, señor,
que le mande el nombramiento.

ELECT. No tengo la pretension
de tiranizar á nadie;
ya veis, el permiso os doy
de seguir tan imprudente,
como querais.

SOFIA. Ved, señor,
que esa palabra es muy dura.

ELECT. Mucho mas duro es que yo
halle de estorbo en mis planes
á mis hijos...

SOFIA. ¡Monseñor!
Yo estorbo aqui á todo el mundo,
por eso á pedirós voy
una gracia, que será
para mí de gran valor.

ELECT. ¿Cuál es la gracia?

SOFIA. El permiso de volver á mi mansion
de Lunebourg con mi madre.

ELECT. ¿Salir de Hannover?

SOFIA. Ni á vos
ni á mi esposo os hago falta.

ELECT. Si es una separacion
lo que quereis, el divorcio

fuera para ambos mejor.
 SOFIA. Lo que querais.
 ELECT. El divorcio
 no se hace por convencion;
 es preciso una sentencia
 que hiera á uno de los dos,
 y el que es absuelto, recobra
 su independencia.
 (Sale un ujier anunciando.)
 UJIER. Señor,
 el baron de Valden.
 ELECT. ¡Cómo!
 ¿En Hannover el Baron?
 Que entre. (Se retira el ujier.)
 Querida hija mia,
 nuestra entrevista acabó.
 SOFIA. Antes de llevar á cabo
 mi última resolucion,
 volveré á ver á mi espóso;
 despues... que me ampare Dios.

ESCENA VII.

El ELECTOR, el BARON DE VALDEN con un pliego en la mano.

ELECT. ¿Qué es eso, señor Baron?
 ¿Vos aqui sin órden mia?
 VALDEN. Perdóneme vuestra alteza.
 Asuntos de honor me obligan
 á dar una vuelta á Hannover.
 ELECT. ¿Qué asuntos son?
 VALDEN. De familia.
 ELECT. ¿Qué pliego es ese?
 VALDEN. Señor,
 el jefe de policia
 me lo ha dado para vos
 al descender de la silla.
 ELECT. ¡Mi correo detenido! (Despues de leer.)
 ¿Y quién tuvo la osadia?
 (Llama á un timbre.)
 ¿No habeis pensado, Baron,

que esa ausencia repentina
me deja sin nadie en Londres
para proteger mis miras? *(Sale un ujier.)*
Llevad este parte al Príncipe,
y que venga acá en seguida.
¿Así cumplis la mision *(Al Baron.)*
de secundar mi política?

VALDEN. Señor, todas las misiones
diplomáticas peligran
cuando se encuentran en ridiculo
aquel á quien se confian.

ELECT. Sois capaz con vuestros celos
de perder la monarquia.
Apuesto á que en los correos
que os expedí, buscariais
con preferencia leer
las amorosas conquistas
del conde de Kenismar
que no las órdenes mías.

VALDEN. Vuestra sola insinuacion
mis recelos justifica,
cuando sin nombrar yo á nadie
vuestra alteza lo adivina.

ELECT. Dejadme en paz... Sois un loco.
(Saluda para salir y se encuentra con Felipe, que viene del fondo. Se paran, se miran con insolencia, como si se desafiaran con la mirada.)

ESCENA VIII.

DICHOS, FELIPE.

ELECT. ¿Señores! ¿Qué significa
esa mirada? ¿Olvidais
que estais en presencia mia?
¡Ay de aquel que en mis estados
en duelo su espada esgrima!

FELIPE. ¡Es lástima!

ELECT. ¿A qué venis,
Conde, sin que yo os lo diga?

FELIPE. Aunque vuestra recepcion

sea bien poco benigna,
al escuchar vuestra orden...

ELECT. No es á vos, Conde, á quien iba,
sino á mi hijo.

FELIPE. Como el Príncipe
no está en estado de oírlo,
he venido á disculparle.

ELECT. ¿Pues qué hace el Príncipe?

FELIPE. Brinda

mano á mano con lord Rivers,
hechos dos potencias liquidas.

ELECT. ¡Qué escándalo! ¡qué imprudencia!
¡Lord Rivers en las orgias
del Príncipe!

FELIPE. Si, señor,
yo le invité, es cosa mia.

ELECT. Y decid, ¿de quién ha sido
la ocurrencia peregrina
de interceptar mi correo?

FELIPE. De mi persona humildísima,
que tenia precision
de saber ciertas noticias.

ELECT. ¿Conque vos disteis la orden?

FELIPE. No, señor, nunca osaria
dar tal orden: fuí yo mismo
á quitarle la baliya.

ELECT. Mañana saldreis de Hannover.

FELIPE. Ved, señor, que mi salida
va á afligir profundamente
á una persona...

VALDEN. Omitidla.
(Atajándole con viveza.)

FELIPE. Esa persona es lord Rivers,
no adivineis tan deprisa. (Con calma.)

VALDEN. ¿Querrá vuestra alteza darme
licencia por ocho dias
para ausentarme de Hannover?

FELIPE. ¿Para hacerme una visita
mas allá de la frontera?

VALDEN. Justamente.

FELIPE. ¡Qué alegria!
Si vuestra alteza, señor,

quiere colmarme de dicha
ruego que otorgue al Baron
esa mudanza de clima.

ELECT. Señor Baron, os concedo
licencia por ocho dias.

VALDEN. Gracias. (*Saluda y váse por la derecha.*)

FELIPE. Lo habeis arreglado
todo á las mil maravillas.

ESCENA IX.

DICHOS, RIVERS, *ébrio.*

RIVERS. Felipito, ¿dónde estás?
Soy yo que á buscarte vengo.

FELIPE. Estoy aquí.

RIVERS. Ya te tengo,
ya no te me escaparás.
Felipito, yo te imploro
que á acompañarme te prestes.

FELIPE. Somos Pilades y Orestes.

RIVERS. Si, somos Dafne y el toro.

ELECT. ¿A que teneis olvidada (*A Rivers.*)
vuestra mision?

RIVERS. No.

ELECT. A la prueba.

RIVERS. No lo creais; aunque beba
yo no me olvido de nada.

ELECT. ¿A que no decis, milord,
qué razon pueda tener
vuestra reina en no escoger
á mi hijo por sucesor?

RIVERS. Monseñor, es un arcano.

FELIPE. ¿Quereis decírmelo á mí?

RIVERS. Pero en secretito... ¿eh?

FELIPE. Si.

RIVERS. Porque no es mahometano.

ELECT. (¡No dice mas que sandeces!)

FELIPE. Explicádmelo mejor.

RIVERS. Los turcos tienen valor
para casarse dos veces.

ELECT. (¡Qué idea! ¡Tiene razon!)

- A mi hijo perteneceis
hoy, mañana os dignareis
aceptar mi invitacion.
- RIVERS. Si, señor, de muy buen grado
acepto la invitacion;
pero con la condicion
de estar Felipe á mi lado.
- FELIPE. Milord, vuestro amigo fiel
os tiene que abandonar:
me acaban de desterrar.
- RIVERS. Pues me destierro con él.
Su huella á seguir me obligo
como el perro al cazador.
- ELECT. ¿Partir con él?
- RIVERS. Monseñor,
yo no parto, yo le sigo;
adonde él vaya, allá iré.
- ELECT. ¿Y si él se queda?
- RIVERS. Me quedo.
- FELIPE. Ved que quedarme no puedo
si se va el Baron. (*Al Elector.*)
- ELECT. ¡Lo sé.
Cuento con vuestra persona,
milord, de hoy en adelante.
- RIVERS. No os olvideis del turbante.
- ELECT. (*Voy pensando en la corona.*) (*Váse.*)

ESCENA X.

RIVERS, FELIPE, luego JORGE.

- RIVERS. Felipe, tú me has hablado
de un vino que no he bebido;
ven á enseñármelo; quiero
refrescar otro poquito.
- JORGE. Milord, por un breve instante
deseo hablar á mi amigo.
(*Saliendo casi ebrio.*)
- FELIPE. ¡Id á preparar las copas, (*A Rivers.*)
que voy al punto.
- RIVERS. Entendido:
iré llenando los vasos

y los dejaré vacíos. (*Váse por el foro.*)

ESCENA XI.

FELIPE, JORGE.

JORGE. Debe de estar furiosa.

FELIPE.

¿Quién?

JORGE. La de Barnim.

FELIPE. ¿Dónde la habeis visto?

JORGE. Me ha mandado una carta misteriosa.

FELIPE. ¿Y de qué suponeis que esté ofendida?

JORGE. De no haber recibido el nombramiento;

una mala partida

que mi mujer me ha hecho entre otras varias:

no pongas duda en ello;

(*Enseñando el pliego.*)

aunque tengo en los ojos luminarias

reconoci su sello.

Toma, léeme tú su contenido;

y si es muy larga y gasta mucha orquesta

me quedaré dormido

y tú te encargarás de la respuesta.

FELIPE. «Señor, me habeis negado (*Lee.*)

«leer mi carta y escuchar mi queja.»

¿Habeis á la de Barnim desairado?

JORGE. Tampoco el vino distinguir te deja;

te estás haciendo un lío;

FELIPE. Príncipe, perdonad, leo muy claro.

JORGE. Hombre, yo no recuerdo tal desvío.

FELIPE. Al dejar vuestra esposa en desamparo,

que solo ultrajes por su amor recibe,

debeis oír su queja un solo instante.

Ved que no es la de Barnim la que escribe.

JORGE. Yo te digo que sí, sigue adelante.

ESCENA XII.

DICHOS, SOFIA desde la puerta de su habitación.

SOFIA. ¡Mi carta entre sus manos! ¡No comprendo!..

FELIPE. A mi deber leyendo faltaría.

(La deja sobre la mesa.)

JORGE. No seas contumaz, sigue leyendo.

SOFIA. Yo seguiré por él.

(Acercándose y tomando la carta.)

JORGE. ¡Cómo! ¡Sofía!

FELIPE. Señora...

(Saludando y dando un paso para retirarse.)

SOFIA. No os vayais y oid despacio. *(Lee.)*

»Después que vuestra esposa en su palacio

»se encuentra reducida

»á qué le preste el sello una manceba,

»dándole en cambio para verme oída...

»un nombramiento que mi honor subleva;

»para haber descendido tanto y tanto,

»debe haber precedido mucho llanto.

»Mi madre creyó darme á un caballero

»para que me amparara y protegiera.

FELIPE. ¡Qué noble y verdadero

es el dolor de la virtud sincera!

SOFIA. »Y vos en vez de amarme

»arrastráis mi decoro por el lodo,

»y abandonáis mi lecho por la orgía

»en la asquerosa y torpe compañía

»de hombres bastardos que lo pisan todo:

»Felipe Kenismar es uno de ellos,

»que entregado á desórdenes sin tasa,

»está empañando los florones bellos

»del limpio escudo de su noble casa.

»Dudo que se atreviera

»á invocar de su padre la memoria,

»de miedo que su sombra le escupiera

»el hombre que del vicio en la carrera

»ha trocado en escándalo su gloria.

FELIPE. ¡Qué celestial! ¡Qué hermosa!

(Con sentimiento. El Principe se duerme.)

SOFIA. »Pensad, señor, que abandonada quedo: *(Lee.)*

»si vos partís, se queda vuestra esposa

»sin respeto de nadie, y tengo miedo.»

FELIPE. Oídla, oídla; sacudid el sueño.

(Sacudiendo á Jorge con respeto.)

SOFIA. ¡Ira del cielo! ¡Se durmió el impio!

FELIPE. ¡Y así se paga á la virtud humana!

SOFIA. ¡Por qué no me llevais con vos, Dios mio!

VOCES. ¡Por el príncipe Jorge y la reina Ana!

(Voces dentro brindando.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon abierto por tres grandes huecos que dan á una galeria.

ESCENA PRIMERA.

SOFIA, BARONESA y damas. *Al levantarse el telon, Sofia estará sentada en un pequeño sofá cerca de un velador, donde habrá libros, albumes, etc. Las damas formarán grupos ya de pié ó sentadas oyendo á la Baronesa que hace una lectura.*

BAR. «Solo es feliz por completo (Lee.)
»el hombre que haya llegado
»al término de su vida
»sin tener un desengaño.»
(Parando y dirigiéndose á Sofia.)

¿Quereis que siga leyendo?
SOFIA. Seguid, ; me distrae tanto
la lectura! (Saliendo de su preocupacion.)

BAR. (Ni me oia.)
Voy á ver si encuentro algo
en este tomo de anécdotas,
que os sea un poco mas grato.

SOFIA. Como querais.

BAR. «Episodios (Lee.)
»de la última guerra. Rasgo

- »de valor; accion ganada
»con un lapicero.
- TODAS. Oigamos.
(Movimiento de curiosidad en las señoras.
Sofia va prestando atencion.)
- BAR. «Al hacer una escursion (Lee.)
»á los puestos avanzados
»el Príncipe de Sajonia,
»con algunos voluntarios
»tan denodados como él,
»se encontró á doscientos pasos
»de un bosque, que el enemigo
»tenia todo ocupado.
»Caballeros, dijo el Príncipe,
»volviéndose á sus soldados;
»¿verdad que seria un golpe,
»imprudente y temerario,
»estando como está el bosque,
»ir á escribir en un árbol
»el nombre de una mujer
»querida? No hubo acabado
»de decirlo, cuando un jóven
»metió espuelas al caballo,
»y entre una lluvia de balas
»se fué al bosque aproximando.
»Picados por este arranque
»los Sajones, se arrojaron
»á la bayoneta al bosque,
»y haciendo en él un estrago,
»tomaron la posicion
»cuando aquel jóven simpático
»acababa de escribir
»la última letra en el árbol.
»El nombre del jóven héroe
»es muy conocido, el bravo
»Felipe de Kenismar.»
- TODAS. ¡Bravo! ¡bien! ¡galante rasgo! (Menos Sofia.)
¿Qué os parece á vos? (A la Baronesa.)
- BAR. ¡Sublime!
¡Caballeresco, bizarro! (Con entusiasmo.)
- SOFIA. Mucho me temo, señoras,
que prodigueis demasiados

elogios, á una locura
cuyo último resultado
habrá sido á no dudar
dejar fijada en el árbol,
alguna reputacion
expuesta al público escándalo.

BAR. En efecto, escribió un nombre,
(*Despues de haber leído otra vez.*)
pero esta vez le ha juzgado
vuestra alteza injustamente,
pues segun dice el diario,
el nombre que escribió el Conde
fué el de su hermana.

SOFIA. ¡Ah!

BAR. (*Enseña el libro.*) Miradlo,
vedlo; señoras.

SOFIA. (Parece
que todos se han conjurado,
para fijarme en la mente
sus palabras y sus actos.)

BAR. ¿Se siente mal vuestra alteza?

SOFIA. Un poco. ¿No habeis mandado
á saber cómo está la
camarera de palacio,
madama Nasó?

BAR. Yo misma
estuve á verla hace un rato.

SOFIA. ¿Y bien?

BAR. Se encuentra mejor;
pero el médico ha ordenado
que no salga en unos dias.

SOFIA. Pasaré luego á su cuarto.

Señoras, hoy no saldré
á pasear, por lo tanto
podeis retiraros ya..

Vos, Baronesa, quedaos.

(*Se retiran las damas.*)

ESCENA II.

SOFIA, *la* BARONESA.

- BAR. Estoy á vuestras órdenes, señora.
- SOFIA. Cuando madama de Nasau me falta vos sois mi sola amiga bienhechora.
- BAR. Me haceis merced muy alta en hacerme á tal gracia acreedora,
- SOFIA. Decidme con franqueza.
- SOFIA. Voy á partir. ¿Quereis acompañarme?
- BAR. ¿Partir con vuestra alteza?
- SOFIA. ¿Y á dónde pensais ir?
- SOFIA. A refugiarme al lado de mi madre, bajo un cielo donde pueda encontrar en mis afanes tregua á mi mal, y á mi dolor consuelo.
- BAR. ¿Y aprueba vuestra madre vuestros planes?
- SOFIA. Directamente, no. Hace unos dias que la escribí impulsada del despecho la amarga historia de las ansias mías. En vez de su respuesta, una carta sin firma he recibido de una mano dispuesta á secundar por orden de mi madre el éxito feliz de mi partido. He dudado si debo aceptar esa ayuda protectora de una mano ignorada, cuando un mensaje nuevo me detalla los medios prevenidos para dejar por siempre esta morada. Madama de Nasau, mi camarera, mi respuesta ha llevado al guardabosque Blum, que es la persona que ha sido del mensaje medianera.
- BAR. ¿Y qué habeis contestado?
- SOFIA. Que aceptaba su ayuda misteriosa.
- BAR. ¿Pero no habeis pensado que el hombre que se obstina en ocultar su mano generosa

- puede tal vez labrar vuestra ruina?
SOFIA. Lo he pensado, y por eso os necesito;
vos me direis si puedo mi confianza
depositar en él.
- BAR. ¿Cómo?
SOFIA. Hoy me ha escrito,
le mandé sin tardanza
una persona adicta con quien pueda
hacerme transmitir las instrucciones
para el postrer obstáculo que queda.
Vos sereis mi encargada.
- BAR. Con gran placer, Princesa.
¿Y en dónde le he de hallar?
- SOFIA. Aquí, muy luego;
así que den las seis. En el corpiño
poneos un lazo de color de fuego,
que la seña ha de ser de mi encargada.
- BAR. ¿Y cuál será la suya?
- SOFIA. Una cinta en el hombro anaranjada.
- BAR. Cuando aquí puede entrar, es cortesano.
- SOFIA. Tal presumo. Decidle de mi parte
la gratitud de una infeliz esposa,
y que recordaré toda la vida
haber hallado un alma generosa
en medio de una corte corrompida.
- BAR. Pero desde que el Príncipe está ausente,
¿no os sentis mas tranquila?
- SOFIA. Si es posible que aumente
el exceso del mal que me aniquila,
aun es quizá mayor. La muda calma
que reina en torno mio, me permite
sondar mejor el malestar del alma.
Vos no sabeis lo que es, amiga mia,
el estar siempre herida de una idea
que al quererla alejar la fantasía
os la arroja otra vez cuanto rodea.
El esforzarse en olvidar un nombre
que nuestro mal augura,
y los libros, la corte, y hasta el viento
parece que silbando lo murmura.
Vos misma, Baronesa, hace un momento...
BAR. (¡Felipel! ¿Kenismar? (Alto.)

SOFIA.

Solo se escucha
ese nombre fatal, y yo estoy harta
de sostener esa funesta lucha.
Quiero partir de aquí.

BAR.

(¡Le ama! ¡Ah! ¡Que parla!)
(Se retiran, Sofia por la puerta de la iz-
quierda y la Baronesa por la de la derecha.)

ESCENA III.

El ELECTOR y el BARON DE VALDEN, saliendo por el
foro izquierda.

ELECT. Eso ya es monomanía,
no sabeis salir de un tema.

VALDEN. Cuando voy á provocarle
me lo impide vuestra alteza.

ELECT. ¿No veis que si le matais
y el tribunal os condena,
me privais de los servicios
de mi enviado en Inglaterra?

VALDEN. Quedamos hace ocho dias
citados en la frontera,
y le alzasteis el destierro.

ELECT. Fué solo una estratagema
para tener á lord Rivers
en Hannover, y el tal, juega
desde aquel día conmigo
haciéndose la coqueta.
No hay modo de hacerle hablar.

VALDEN. ¿Me permitireis siquiera
perseguir ante los jueces
á Kenismar?

ELECT. ¿Con qué idea?

VALDEN. Con la de vengarme de él.

ELECT. ¿Convirtiéndos en trompeta
de vuestra propia deshonra?
¡Por Dios, Baron!

VALDEN. ¡Tengo pruebas!

ELECT. Entonces ya es otra cosa;
á ver, ¿qué pruebas son esas?

VALDEN. Desde que estoy en Hannover
hago espiar con cautela

todos sus pasos y acciones,
y con sigilo y prudencia
ayer logró interceptar
al paso una breve esquela
que un guardabosque llamado
Blum llevaba á su vivienda.

ELECT. ¿Y qué dice?

VALDEN. «Fio en vos;

»si mi suerte os interesa

»venid esta misma noche.»

ELECT. ¡Hola! ¿Y la esquela, es de letra
de vuestra esposa?

VALDEN. Señor,

ninguna mujer se arriesga
á escribir de propio puño
cartas que digan lo que esa.

ELECT. Enseñadme ese billete.

VALDEN. Tomadlo.

ELECT. (¡De la Princesa!)

VALDEN. ¿Os convenceis?

ELECT. Me convenzo

de que los celos os ciegan.

¿Qué fé ha de hacer un papel
escrito de mano ajena?

Estoy seguro que iriais

á hacer alguna imprudencia

con este papel, mas vale

que os impida cometerla. (*Se lo guarda.*)

VALDEN. Si vuestra alteza tambien

ese camino me cierra,

no me queda mas arbitrio

que obrar segun me convenga.

ELECT. ¡Cuidado, Baron, aqui

cada uno me debe cuenta

estrecha de sus acciones!

¿Lo entendeis?

VALDEN. En hora buena.

De lo que hiciere mi brazo

responderá mi cabeza. (*Marchándose.*)

ELECT. ¿Os vais? Decid al pasar

á mi ayudante que venga.

(*Se retira el Baron.*)

ESCENA IV.

ELECTOR, luego FELIPE y RIVERS.

ELECT. ¡Qué maravilloso instinto
cualquier celoso despliega
para descubrirlo todo,
menos lo que le interesa!
(*Leyendo la esqueta.*)
«Venid esta misma noche.»
¡No lo entiendo! ¡La Princesa
metida en ese camino?
¡Qué remedio! Si se empeña
no hay mas que seguir la intriga
y sacar partido de ella.
(*Felipe, Rivers sin ver al Elector.*)

FELIPE. Pues amigo, vuestra cara
no tiene nada de enferma.

RIVERS. ¡Oh! si tiene, amigo mío,
desde el día de la cena
que yo estoy malo, muy malo,

FELIPE. No se conoce.

RIVERS. ¿De veras?

Pues no obstante, desde entonces
una idea me atormenta.

Yo hablé con el Elector
con muchísima franqueza.

FELIPE. Es verdad.

RIVERS. Y temo haber
dicho alguna inconveniencia.

FELIPE. No, milord. No hicisteis mas
que proponer á su alteza
hacer al Príncipe Jorge...

RIVERS. ¡Qué cosa?

ELECT. Turco. (*Levantándose.*)

RIVERS. ¡Imprudencia! (*Cortado.*)

¿No lo ois? Yo quebranté
las formas de la etiqueta?

¡Ah!

FELIPE. Milord, que os poneis pálido.

- RIVERS. Siento faltarme las fuerzas.
(Felipe le arrima un frasquillo al olfato, mientras que el Elector habla con el ayudante que acaba de entrar.)
- ELECT. Oid, señor ayudante,
mandad que al momento prendan
á un guardabosque llamado
Blum, y con toda reserva
llevadle á mi gabinete.
Cuando esté, que me lo adviertan.
(Se retira el ayudante.)
¿Con que vos, milord, aun
estais en convalecencia?
- RIVERS. Me siento débil, y el médico
el ejercicio me ordena.
- ELECT. Pues dadme el brazo y bajemos
al parque á dar una vuelta;
quiero que hablemos un rato
sobre aquella estratagemia
de hacer al Príncipe turco.
- RIVERS. Dígnese olvidar su alteza.
- ELECT. No, milord; siempre que escucho
verter una buena idea
á un hombre de genio, yo
me encargo de recogerla.
- RIVERS. Tal bondad...
- ELECT. ¿Cómo es juzgado
el divorcio en Inglaterra?
- RIVERS. Es un proceso, en el cual
carga con toda la afrenta
solo el cónyuge culpable.
- ELECT. Como aquí. Lo que interesa
para tener la razon
es portrecharse de pruebas.

ESCENA V.

FELIPE y la BARONESA.

- FELIPE. Pues lo que á mí me interesa
es que se vayan los dos.
¡Solo estoy, gracias á Dios!
Ya no lo estoy. Baronesa:

- BAR. ¿Vos aquí? Pues yo os juzgaba en el parque entre el tropel.
- FELIPE. ¿Cómo no estais vos en él?
- BAR. Yo os huía.
- FELIPE. Yo os buscaba.
- BAR. Felipe, no me sigais, porque me comprometéis.
- FELIPE. (Pronto van á dar las seis.)
- BAR. Yo me ausento si os quedais.
- FELIPE. Pues me quedo.
- BAR. (Cómo hacer...)
- FELIPE. ¡Son tan cortas mis venturas!
- BAR. Con todas vuestras locuras al fin me vais á perder.
- FELIPE. No temais.
- BAR. ¿Qué le pedisteis ha poco á Ana mi doncella, que os he visto hablar con ella?
- FELIPE. Lo que vos le permitisteis darme, desde que os doy culto.
- BAR. ¿La llave del jardinillo? (Azorada.)
- FELIPE. Como que no hay mas pasillo para entrar de noche oculto.
- BAR. ¿Qué os dijo?
- FELIPE. Que la pondrá, como lo ha hecho otras veces, en la fuente de los peces.
- BAR. No quiero.
- FELIPE. La puso ya, y yo la iré á recoger así que haya anochecido.
- BAR. Ved por Dios que mi marido nos espia por dó quier. Bajo el semblante sereno, estad cierto que fermenta en su alma sorda tormenta.
- FELIPE. Nunca me ha asustado el trueno.
- (Dan las seis.)
- FELIPE. ¡Las seis?
- BAR. ¡Estais azorado!
- FELIPE. Turbada os encuentro á vos.

BAR. Separémonos ya. Adios; cada uno por su lado.

FELIPE. Obedezco.
(*La Baronesa da algunos pasos hacia la derecha. Felipe hacia el fondo; se separan los dos.*)

Perdonad:
¿quereis darme un alfiler?
se me ha ido á desprender
mi cinta al subir.

BAR. Tomad. (*Dádoselo.*)
¿Esperais á
(*Pónese Felipe la cinta, y la Baronesa el lazo. Se miran.*)

alguien?
FELIPE. Si tal.
Y vos tambien, ¿verdad?

BAR. Ciertamente.
á un protector encubierto.

FELIPE. Y yo á una amiga leal.

BAR. ¿Es aventura?

FELIPE. Quimera.

BAR. ¿De veras? Sois tan temido.

FELIPE. ¿Olvidais que no he querido
que me conozca siquiera?

BAR. Entonces ¿qué objeto os guia?
Decid.

FELIPE. Lo vais á saber:
vino esa pobre mujer
la otra noche á nuestra orgia,
y al ver el contraste fiero
que hacían puestós al lado;
un marido desalmado
y un dolor tan verdadero,
irritado del desden
de aquel inerte egoismo,
juré salvarla yo mismo.

BAR. ¡Muy bien, Felipe, muy bien!
Mitigad su desventura!

FELIPE. Y aun no sabe la cuitada
que es mucho mas desgraciada
de lo que ella se figura.

BAR. ¿Por qué?

FELIPE. Porque su dolor

quiso á su madre contar,
y su carta iba á parar
á manos del Elector,
á no haber yo interceptado
el parte y la carta adjunta.

BAR. ¿La leisteis? (*Con inquietud.*)

FELIPE. Tal pregunta
no se le hace á un hombre honrado.

BAR. ¿Qué hicisteis de ella?

FELIPE. Señora,

á la siguiente mañana
se la remití á mi hermana
que junto á su madre mora,
Tengo ya contestacion,
mas no la que ella queria.

BAR. ¿Su madre se negaria
á admitirla en su mansion?

FELIPE. No. En la materna morada
siempre encontrará lugar,
mas no se atreve á aprobar
que ella de Hannover se evada.
Por eso lo he preparado
todo para su partida,
sin que ella sepa en su vida
el hombre que la ha salvado.

BAR. ¿Y medios de ejecucion?

FELIPE. Al fin del parque habrá un coche
que estará toda la noche
esperando su evasion.

BAR. ¿Y cómo sale de acá?

FELIPE. ¿Cómo sale? (Esta no sabe
que he de recoger su llave
que la puerta le abrirá.)

BAR. ¿Y bien?

FELIPE. A la hora del juego
os lo vendré á detallar.
(Corro la llave á buscar.)

BAR. Voy á avisarla.

FELIPE. Hasta luego.
(*Se retira por la izquierda.*)

ESCENA VI.

BARONESA.

¿Qué medio podrá encontrar
para que salga de aquí?
¿Contaría con la llave
de la puerta del jardín,
para traérsela él mismo?
¡Ah! yo lo sabré impedir;
ella le ama, y si supiera
quién es su fiel paladin,
disputármelo podría,
y no puedo consentir,
que por salvar la Princesa
me vaya á hacer infeliz.
Voy á recoger la llave;
que la reciba de mí.

ESCENA VII.

VALDEN y BARONESA.

VALDEN. ¿A dónde correis?

BAR. Abajo.

VALDEN. ¿Al parque?

BAR. Vuelvo al momento.

VALDEN. Hace muchísimo viento;
no os toméis ese trabajo.

BAR. Me dejé en el terraplén
el pañuelo de la mano...

VALDEN. Hace un relente mal sano
que no puede haceros bien.

BAR. ¿Qué significa?...

VALDEN. He sabido
que mientras yo estaba ausente,
entraba aquí ocultamente
un ladrón desconocido.

BAR. ¿Es posible?

VALDEN. Si por Dios,
y entraba el muy malandrín

por la puerta del jardín
cuya llave teneis vos.
El guarda cometió un yerro
en no matarle.

BAR.

Baron,

¡matar á un hombre!

VALDEN.

A un ladron

se le mata como á un perro.

BAR.

Para entrar tan á deshora,
algun cómplice tendria.

VALDEN.

Claro está que lo tenia,
vuestra doncella, señora.

Y hoy acechando he escuchado

que el ladron á la doncella

pedia la llave aquella,

y que ella le ha contestado

que la iria á colocar,

como lo ha hecho otras veces,

en la fuente de los peces,

á donde él la irá á tomar.

BAR.

Pues corramos sin demora

á... *(Movimiento para salir.)*

VALDEN.

De ninguna manera,

quiero que al tomarla muera,

y está cumplido, señora. *(Suena un tiro.)*

BAR.

¿Qué habeis hecho?

VALDEN.

De faccion

he puesto á un hombre en la copa

del árbol, que á quema ropa

le partiera el corazon.

BAR.

¡Muerto! ¡muerto!

(Queda abatida. Entra vivamente la Prin-

cesa: al dirigirse á la ventana ve á la Ba-

ronesa.)

SOFIA.

Baronesa

(Ve al Baron.)

Perdonad, señor Baron,

deseo hablar un momento

á vuestra esposa.

VALDEN.

Me voy.

(Saluda y sale por el fondo,

cuyas puertas

se cierran.)

ESCENA VIII.

SOFIA, BARONESA.

SOFIA. ¡Baronesa, habéis oído
ese tiro que sonó?

BAR. ¡Ah, Princesa! El infeliz
lo ha recibido por vos.

SOFIA. Pero, ¿quién es? ¡Cómo! Hablad.

BAR. Cuando dispuesto quedó
todo para vuestra fuga
antes del primer albor,
faltaba para poder
salir de esta habitación,
la llave de mi jardín,
y al ir por ella, á traicion
le acaban de disparar
á boca de jarro.

SOFIA. ¡Oh Dios!

BAR. Y morirá, porque nadie
á socorrerle acudió.

SOFIA. Yo he mandado á Fitz así
que oí la detención,
y si vive, si le salva
él hará sin dilacion
una seña desde abajo;
reparad si la veis.

BAR. ¡No!
Nada se vé.

SOFIA. Baronesa,
¿quién es ese salvador?

BAR. Me ha prohibido decirlo.

SOFIA. No me lo calleis, por Dios,
porque parece que á voces
me lo dice el corazón.

BAR. ¿Pues quién presumis que sea?

SOFIA. Yo presumo... qué sé yo...
que cuanto encierra de grande
y noble la creacion,
cuanto tener puede un héroe
de bizzarria y valor,

sin poder yo remediarlo
se lo presta mi ilusion
al objeto que la ocupa,
y sin saber la razon
no puede ser otro que él,
él, solo mi protector:
decid si me he quivocado.

BAR. Ved, que viene el Elector.

SOFIA. No os movais de esa ventana
hasta ver si se salvó.

(Sale el Elector y queda abierta la puerta de la galeria, y se ven varios señores jugando, y en la de enfrente á lord Rivers con un oficial que da la espalda al público. La Baronesa observa con cuidado en la ventana. Sofia se va á ojear un album.)

ESCENA IX.

La BARONESA, SOFIA, ELECTOR, Señores al fondo, RIVERS, FELIPE y el BARON DE VALDEN.

ELECT. (¿Será cierto lo que Blum
el guardabosque revela,
que quiere huir esta noche?) *(Ap.)*

VALDEN. Perdoneme vuestra alteza,
satisface mi venganza
y os presento mi cabeza.

ELECT. ¿Pues qué habeis hecho, Baron?

VALDEN. He hecho dar muerte sangrienta
al conde de Kenismar.

SOFIA. (¡Era él!) *(Ap., desolada.)*

ELECT. ¿Matarle? *(Riendo con extrañeza.)*

VALDEN. Porque era
el amante de mi esposa.

SOFIA. ¡Ah!

(Lanza una terrible mirada á la Baronesa, que absorbida en la ventana no ve ni oye cuanto pasa. El Elector alzando la voz y volviéndose hácia el fondo.)

ELECT. ¿Le ganasteis la apuesta
á lord Rivers, señor Conde?

- FELIPE. Lleva trazas de perderla.
- VALDEN. ¡Él!
- SOFIA. (Allí está... y yo creía...
(Desilusionada y con amargura.)
Es que estoy loca... por fuerza!)
- FELIPE. Monseñor, está ganada.
- BAR. ¡Ah! (Ahogada por el placer de oír su voz.)
- SOFIA. ¿La señal?
- BAR. Si, Princesa,
se salvó.
- ELECT. ¿Con que os batieron? (A Rivers.)
- RIVERS. Tengo una desgracia estrema.
- FELIPE. Ha sido un golpe de suerte,
pues la ventaja era vuestra.
- RIVERS. Yo tuve todos los triunfos.
- ELECT. Que igual fortuna os proteja
toda la velada, Conde.
- RIVERS. Es muy fuerte.
- FELIPE. (¡Dios lo quiera!)
(Bajo á la Baronesa.)
Dadle esta llave.
- ELECT. (¿Es tambien del complot
la Baronesa?)
- BAR. Tomad.
(Poniéndosela con disimulo en la mesa de
Sofia por lo bajo.)
- SOFIA. (¡Ah! ¡podré partir!)
(Se oyen acordes de música dentro, el Elec-
tor ofrece la mano á Sofia. Al observarlo
esta pone el pañuelo sobre la llave.)
- ELECT. Sofia, el concierto empieza.
- SOFIA. Cuando gustéis, Monseñor.
- ELECT. Decid que rompa la orquesta. (Al Baron.)
- FELIPE. El Baron debe estar malo. (Con aire festivo.)
tiene una cara siniestra.
- VALDEN. ¿Yo?
- FELIPE. Tiene una palidez
que por momentos aumenta.
- VALDEN. (¡Ni una señal en su rostro!
nada; este hombre es de piedra.)

ESCENA X.

FELIPE.

¡Gracias á Dios! No podía prolongar el fingimiento; faltarme la fuerzas siento, pero he salvado á Sofia. Esta amorosa tristeza que mi ser en sangre lava, ¿es la materia que acababa? ¿ó el espíritu que empieza? ¡Si yo pudiese cortar mi sangre mal retenida! Yo necesito la vida... y tú me la vas á dar. *(Busca en torno cualquier objeto y coge el pañuelo de Sofia, lo besa y se lo mete en el pecho.)*

ESCENA XI.

FELIPE, SOFIA, desde la puerta.

SOFIA. (¿Qué es eso? ¿por qué esconde mi pañuelo en su pecho?) Me he dejado há poco aquí un pañuelo, señor Conde, que vos habeis tomado.

FELIPE. ¡Señora! ¿Os faltaria

SOFIA. para vuestros trofeos de insolencia alguna prenda mia?

FELIPE. Si es tal vuestra creencia estais conmigo injusta en demasia.

SOFIA. ¿No veis que os adivino? Engolfada hace tiempo vuestra huella del vicio en el camino, creéis que á una mujer abandonada todos se pueden atrever con ella; pues no tiene en defensa ni una espada;

una vez para siempre, señor Conde,
y esta es la vez postrera
que la voz mía á vuestra voz responde.
En los risueños días de la infancia
juntos crecimos y jugamos juntos,
y cuando la distancia
nos separó para distintos puntos,
en mí quedó como una flor bendita
el recuerdo de aquella edad primera,
como las hojas de la flor marchita
recuerdan su perdida primavera.
Y á medida que huía
aquella edad temprana
mas el tiempo su idea embellecía,
porque es mas bella cuanto mas lejana.
Vos no estabais ya allí, mas vuestra hermana
que á mi lado crecía,
en su ciega ternura
os pintaba con toda la poesia
de un bravo corazon y un alma pura.

FELIPE. ¡Querida hermana mia! (*Enternecido.*)

SOFIA. En vez de aquel retrato lisonjero
os vuelvo á ver, pero he buscado en vano
el tipo de cumplido caballero;
solo he encontrado un corazon liviano.

FELIPE. Leisteis mi retrato el otro día
cual lo habia trazado vuestra mano.

SOFIA. Pues bien, á pesar de eso hace un instante
que buscando algo en vos digno de aprecio,
mi corazon ansiaba palpitante
arrojar esta carga de desprecio.

FELIPE. ¡Ah! ¡Cuánto os lo agradezco!

SOFIA. Teneis razon: al hombre generoso
de sentimiento noble y elevado
debe alhagarle ese recuerdo hermoso
de un pobre corazon despedazado.
Mil gracias, caballero,
de haberos presentado sin reserva,
me habeis fortalecido en el sendero
que el corazon de una mujer preserva.
De mis cegados ojos rasgó el velo
vuestra alma muerta, de virtud vacía.

- Basta pues, devolvedme mi pañuelo.
- FELIPE. No puedo, está empapado en sangre mia.
- SOFIA. ¿En sangre? ¿estais herido?
Conque erais vos... el que... por mí le hi-
[rieron.]
- FELIPE. Por vos, si, que á mi espíritu dormido
rasgais el velo que la luz le veda,
por vos, que haceis sonar dentro mi oído
una voz que á los ángeles remeda:
por vos, toda la sangre que he vertido,
por vos, toda la sangre que me queda.
- SOFIA. (¡Era él!.. era él!..) ¿Os hace daño?
- FELIPE. ¡Qué importa cuando abrir mis ojos siento
á la luz de un celeste desengaño!

ESCENA XII.

DICHOS, *la BAROMESA.*

- BAR. Partid, señora, no perdáis momento,
ó va á ser imposible vuestra huida.
- SOFIA. (¡Era él! ¡Dios de bondad, salva su vida!)
- FELIPE. ¡Quiero seguir su huella!
- BAR. Quedaos vos, yo velaré por ella.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

- JORGE, FELIPE.
- JORGE. ¡Hombre, no faltaba mas!
¿Marcharte cuando yo llego?
¿A que ibas á alguna intriga
de faldas? Vamos, confíesalo.
- FELIPE. Príncipe, os juro que no.
- JORGE. ¿De veras? ¡Ah picaruelo!
- FELIPE. (Si llega un momento antes
desbarataba el proyecto,
y era imposible su fuga.)
- JORGE. ¡Qué pensativo te encuentro!
- FELIPE. ¿Pero de dónde salís?
- JORGE. ¡Ay Felipe, del infierno!
He recorrido las córtés
de todos los reyezuelos
vecinos. ¡Ay, qué señores
tan cumplidos y tan serios!
No parecia sino
que habian puesto su empeño,
en estudiar la manera
de no dejarle á uno tiempo

de divertirse; si duran
tres dias mas, yo me muero.
Asi es que he aprovechado
al paso el primer pretesto
para volver á mi casa
y á mi dulce desconcierto.

FELIPE. ¿Y ya sabe vuestro padre
que habeis llegado?

JORGE. Le he hecho
avisar por un ujier,
mirale, aqui le tenemos.

ESCENA II.

Dichos, y el ELECTOR.

ELECT. ¡Cómo! ¿De vuelta en Hannover,
Príncipe Jorge?... ¿Qué es eso?

JORGE. De paso... consideradme
como á un simple forastero,
que viene á ocupar un sitio
en la sala del concierto.

ELECT. Precisamente Sofia
dejó vacío su puesto,
retirándose indispueta
á su cuarto hace un momento.
(Mirando á Felipe.)

FELIPE. Príncipe, tal vez su alteza
tenga que hablaros, os dejo.

JORGE. Ten un poco de paciencia.
Precisamente le tengo
que contar algo á mi padre,
que te gustará saberlo.

ELECT. (¡Alguna nueva locura!)

JORGE. Decidme, ¿estais muy contento
del jefe de policia?
¿Sirve bien?

ELECT. Asi lo creo.
Le mudé hace pocos dias
y despliega mucho celo.

JORGE. Pues yo creo que podriais
ahorraros ese empleo,

porque no sirve de nada.

ELECT. ¿Que no sirve? No os entiendo.

JORGE. Os apuesto á que no tiene
siquiera conocimiento
de lo que pasa á dos pasos
de palacio.

ELECT. ¿Cómo?

FELIPE. (¡Cielos!)

JORGE. Veníamos galopando
Freiberg y yo, y al meternos
en el paseo del parque,
entre el arbolado espeso,
vimos un coche escondido
que estaba oliendo á misterio.
Claro, un coche á tales horas,
y en tal sitio, sin remedio,
ó es de dama que vá afuera,
ó de galán que está adentro.

FELIPE. (Por primera vez helarse
siento mi sangre de miedo.)

JORGE. Como yo no sé pasar
al lado de un galanteo
sin que me llame á la parte...

ELECT. Pronto... acabad... ¿qué habeis hecho?

JORGE. Nada, señor; acercarme
paso á pasito al cochero,
el cual al reconocirme
se echó á temblar, prometiendo
obedecer mis mandatos.
Al verle tan bien dispuesto,
dejé á Freiberg con encargo,
de que así que tenga dentro
del coche la dama, vaya
á depositar el cuerpo
del delito ¿en dónde crees?

FELIPE. ¿En dónde?

JORGE. En tu alojamiento.
Y así que Freiberg nos venga
á avisar que ya está hecho,
vamos juntos á tu casa...
No seas vivo de genio.
Hombre, despues que te admito

como partícipe lego,
quisieras marcharte solo...
ELECT. (Desbarató mis proyectos.
Con su cabeza es capaz
de echar á perder un reino.)

ESCENA III.

DICHOS, FREIBERG.

FREIB. Príncipe Jorge, me ha sido
imposible obedeceros.

ELECT. ¿Y osais delante de mí
ser, Freiberg, el mensajero
de semejantes misiones?

FREIB. Yo, monseñor, obedezco
lo que ha ordenado el Príncipe.
Dí la órden al cochero,
de echar á andar hácia casa
de Kenismar, y al momento
que oyó la dama tal órden,
me ha mandado con empeño
presentarla á vuestra alteza,
y lo he hecho.

ELECT. ¿Segun eso,
vos no la habeis conocido?

FREIB. Nunca ha levantado el velo.

JORGE. Precisamente era el golpe
para hacer conocimiento.

ELECT. Traedla. (Nada hay perdido.) (Váse.)

FELIPE. ¡Lo que ella estará sufriendo!

JORGE. Por la pinta tiene traza (A Felipe.)
de ser bocado soberbio.

(Sale Freiberg acompañando á Sofia, cu-
bierta con un velo; el Elector hace seña á
Freiberg que despeje.)

ESCENA IV.

FELIPE, JORGE, SOFIA, el ELECTOR.

ELECT. No permitiré que nadie
á alzar su velo se atreva.

JORGE. Padre, esto no es lo tratado.

- ELECT. Llamad á la Baronesa
que la acompañe á su casa.
- SOFIA. Perdonad, estoy en ella.
(*Levantándose el velo.*)
- JORGE. ¡Mi mujer! ¡Ira del cielo!
¿Quereis decirme, Princesa?...
- SOFIA. Sin vacilar un instante;
porque al mas débil le llega
una hora, en que el sufrimiento
todas sus fuerzas subleva.
Huía de este palacio
para mi casa materna,
cuando una alma depravada
acostumbrada á vilezas,
que ni la honra de una dama
en sus escesos respeta,
hizo mandar al cocheró
conducirme á su vivienda;
y os delato como autor
de hazaña tan vandolera
al conde de Kenismar.
- JORGE. (¡Pobre Felipe!) Princesa,
perdonad, ha sido un coche
que se equivocó de puerta.
- SOFIA. Ha sido una bastardia,
un crimen, una bajeza
que solo un hombre en el mundo
pudiera ser capaz de ella,
y ese hombre es...
- JORGE. Vuestro marido,
que al ver entre la arboleda
aquel coche, dejó á Freiberg
de planton con la orden esa.
- SOFIA. ¡Vos! Señor Conde, perdon.
(*Volviéndose á Kenismar con humildad.*)
- FELIPE. Señora, el dolor os ciega.
- JORGE. Ahora, Princesa, es á mí
á quien toca pedir cuentas.
- SOFIA. Pedidme las que gustéis.
- JORGE. ¿Podeis decir de quién era
un caballo atado á un árbol
que se encontraba muy cerca

- del coche que os esperaba?
- SOFIA. No lo sé. Si en mi defensa
queria alguna alma noble
velar, os protesto que era
sin conocimiento mio.
Lo juro.
- JORGE. Pues yo, Princesa,
juro tambien descubrirle
y castigar su insolencia.
(Movimiento de Felipe.)
- SOFIA. Y yo le prohibiria
si un dia le conociera
el descubrirse, aunque vos
le hicierais alguna ofensa:
porque preveo, señor,
que todavia me queda
mucho llanto que verter,
y es muy probable que venga
un dia, en que vuestra esposa
necesite su defensa.
- JORGE. ¿Y en qué fundais ese cargo?
- SOFIA. Ya veis, cuando se me veda
hasta escribir á mi madre.
- JORGE. Nunca impedi que lo hicierais.
- SOFIA. Pero no ignorais sin duda
que mis cartas se interceptan.
- JORGE. No ha sido por orden mia.
(Mirando al Elector.)
- ELECT. Abreviad esa polémica.
La Princesa necesita
descansar.
- SOFIA. Antes quisiera
escribir hoy á mi madre,
creyendo en la franca oferta
que acaba de hacerme el Príncipe.
- JORGE. Lo repito, y en fe de ella,
elegid para llevarla
al conductor que os parezca.
- ELECT. Creo que en reparacion
de vuestra injusta sospecha
deberiais dar al Conde
de Kenismar esa prueba

de confianza.

SOFIA. Teneis razon, le debo una, y esta no es bastante desagravio.

FELIPE. ¡Ah, señora! siendo vuestra, cualquiera merced será muy superior á la deuda.

SOFIA. Como en mi carta pretendo quejarme de vuestra alteza, le ruego que al escribirla se digne enterarse de ella.
(Se dirige á escribir á una mesa separada, y el Elector se coloca detrás de su silla mirando lo que escribe, quedando en primer término Jorge y Kenismar.)

ELECT. Con gran placer, hija mia.

FELIPE. ¿Y os gustan esas escenas?

JORGE. Hombre, ¿qué me han de gustar? Pero yo no hago siquiera la tristísima figura

que estás tú haciendo. ¿En qué piensas?

FELIPE. Pienso que una sola lágrima agria la mejor botella, y os debe ser muy pesado en medio de vuestras fiestas el pensar que vuestra esposa triste y llorando se queda porque vos no la quereis del modo que ella desea.

JORGE. Si se lo he dicho mil veces, que las lágrimas me secan, que no soy espiritual, que propendo á la materia, y no quiere hacerse cargo!

No hay nada que la convenza.

FELIPE. Eso es muy triste.

JORGE. ¡Y tan triste!

¿Pero cómo se remedia?

FELIPE. No es difícil: vuestra esposa al fin y al cabo no es huérfana.

JORGE. Es verdad, hombre, su madre podría encargarse de ella.

- FELIPE. Es su deber.
- JORGE. Y á su lado
tendria esa paz que anhela.
- FELIPE. Y un asilo donde estar
sin que su honra padeciera.
- JORGE. Y ambos libres nos veriamos
de esas contiendas domésticas.
- FELIPE. Y entonces sin lastimarla
podriais dar rienda suelta
á esa vida que os cautiva.
- JORGE. Qué ganas tengo... si vieras...
- FELIPE. Os conozco y lo comprendo;
apruebo vuestra ocurrencia.
- ELECT. Está muy bien, hija mia.
(Viniendo á la escena con Sofia despues de haber escrito.)
- JORGE. Señora, tengo una idea
que os gustará, y á la cual
ruego á mi padre que acceda.
Para poner de una vez
fin á nuestras disidencias,
el conde de Kenismar
lleva la mision expresa
de decir á vuestra madre
que ireis á vivir con ella.
- SOFIA. ¡Ah, Príncipe! ¡Gracias! ¡Gracias!
(Con efusion.)
- FELIPE. ¡He puesto fin á sus penas!
- ELECT. ¡Una separacion!
- JORGE. Padre,
vale mucho mas hacerla
por convenio de los dos.
- ELECT. ¡Vamos, todo lo estropeal!
Pero antes de tomar una
determinacion tan seria,
¿á quién consultaste?
- JORGE. A mi
consultor de cabecera;
á Kenismar.
- SOFIA. ¡Siempre es él
el ángel que por mí vela!
- ELECT. Sois un hábil consejero,

de consumada experiencia.
(No te librarás del lazo
que va á tenderte la esquila
que me dió el Barón)
(*La incluye con disimulo dentro el pliego
que habrá escrito la Princesa, que él ten-
drá en su mano.*)

SOFIA. Y bien, (*Al Elector.*)

¿qué me dice vuestra alteza?

ELECT. ¿Qué he de deciros? Que hagais
lo que mejor os convenga;
ya que el Conde á vuestra madre
esa misiva le lleva,
podrán combinar el modo
de hacer las cosas en regla.
JORGE. Justo; voy á dar las órdenes,
para que al instante pueda
partir. (*Váse.*)

ELECT. Sofia ha querido
que lleveis la carta abierta
para que enterándoos bien
lo hagais como ella desea.

FELIPE. Me honrais con ello, señora.
(*Le da la carta y al abrirla se le cae de
ella á Felipe la esquila que el Elector habia
puesto dentro.*)

SOFIA. Se os cayó un papel.

FELIPE. Princesa, mil gracias. «Me fio en vos;
(*Lee para sí.*)
si mi suerte os interesa,
venid esta misma noche.»

(¡Cómo! ¡De su misma letral!)

JORGE. Felipe, todo está pronto.

FELIPE. Ya contad con mi obediencia. (*A Sofia.*)

JORGE. Hasta dentro de ocho dias.

SOFIA. Conde, que el cielo os proteja!

ELECT. (Me engaño mucho, ó antes de una
hora estará aqui de vuelta!) (*Váse.*)

ESCENA V.

El ELECTOR y JORGE.

JORGE. Puse fin á nuestra guerra.
ELECT. Teniendo un poco de tino,
puedes abrirte hoy camino
para el trono de Inglaterra.
Hoy puedes, Jorge, enmendar
todo tu mal proceder.
JORGE. Hablad: ¿qué me toca hacer?
ELECT. Venir, y dejarme obrar.
JORGE. Pero bueno, ¿de qué modo?
ELECT. No te digo mi intencion,
porque Dios te ha dado el don
de estropearlo todo. (Vase.)

ESCENA VI.

La BARONESA.

¡Partir sin decirme nada!
¡No lo creyera jamás!..
¡Ah! para él ya no soy más
que una mujer olvidada.
¿Qué le importa que al furor
me exponga de mi marido?
¡Para mí todo es olvido,
para ella todo es amor!
¿Y se fué sin obtener
ningun premio de su llama?
¡Volverá! ¡Si el traidor la ama,
volverá! ¿no ha de volver?
Mi celoso corazon
de decírmelo no cesa,
aquí viene la Princesa;
yo sondaré su intencion.

ESCENA VII.

SOFIA, la BARONESA.

- SOFIA. ¿Vos aquí?
- BAR. Vengo á tomar vuestras órdenes, Princesa.
- SOFIA. Nada quiero, Baronesa; podeis ir á descansar.
- BAR. (Quiere alejarme.) Despues de sufrir con tal violencia creia que mi presencia...
- SOFIA. Gracias por tanto interés.
- BAR. Yo no os dejaré, si vos antes no me asegurais que á nadie necesitais.
- SOFIA. A nadie, gracias á Dios.
- BAR. Os veo tranquila al fin.
- SOFIA. Dios me ha venido á ayudar.
- BAR. (Le espera.) ¿Me quereis dar?...
- SOFIA. ¿Qué?
- BAR. La llave del jardin.
- SOFIA. Digo, si es que por alli no debe entrar nadie ya.
- BAR. Si alguno entra por allá no me viene á ver á mí.
- SOFIA. Yo pensé...
- BAR. Pensasteis mal, y permitid que os lo advierta; en mi cuarto no hay mas puerta que la puerta principal.
- SOFIA. Una dama enamorada que lucha con su pasion...
- BAR. La ahoga en su corazon al deber subordinada.
- SOFIA. La amante lo arrostra todo en su ciego frenesí.
- BAR. Sé que vos pensais asi, mas yo pienso de otro modo.
- SOFIA. No todas pueden tener voluntad tan decisiva.

- SOFIA. Esa voluntad estriba
en cumplir con el deber.
- BAR. Creed que el rudo vaiven
de una pasión comprimida,
puede acabar con la vida.
- SOFIA. Eso lo creo muy bien.
- BAR. Y al irse una defendiendo,
la creación en tropel,
viene toda á hablarnos de él.
- SOFIA. Eso también lo comprendo.
- BAR. Si en medio de vuestro lloro
él se os presenta delante,
¿qué ha de hacer la pobre amante?
- SOFIA. No faltar á su decoro;
si el ser nuestra pena mucha
y el dolor muy penetrante
fuese motivo bastante
para rendirse en la lucha,
con tan amables doctrinas
no hubiera esposas honradas
con las plantas lastimadas
de pisar tantas espinas,
y las hay, las hay.
- BAR. No obstante,
si es muy profunda la herida,
para no caer vencida
mucho ha de sufrir.
- SOFIA. Bastante.
- BAR. Y podrá ser siempre casta
pertrechada en su honradez,
si él una vez y otra vez...
- SOFIA. Basta, Baronesa, basta;
eso estriba en la manera
de sentir de cada cual:
será que yo siento mal
y vos no.
- BAR. (¡Ah! ¡no le espera!)

ESCENA VIII.

DICHAS y JORGE.

SOFIA. ¿Quién viene?

JORGE. Si mi presencia

no os es, señora, enojosa,

suplicaría á mi esposa

breves minutos de audiencia.

SOFIA. Mandais en mí.

JORGE. No, señora;

nunca tan tirano he sido,

y mil perdones os pido

de incomodaros á esta hora.

(Hace seña á la Baronesa para que se retire, y lo hace.)

SOFIA. Hablad. ¿Qué queréis de mí?

JORGE. Mi visita á esta hora, es

solo por vuestro interés.

SOFIA. ¿Por interés mio?

JORGE. Si.

SOFIA. Príncipe Jorge, os escucho.

JORGE. Puesto que hemos convenido

tomar ambos un partido,

que á los dos nos gusta mucho,

hoy que vuestra alma recobra

su paz, os confieso aquí

que para hartaros de mí

teneis motivos de sobra.

Creo que me oireis propicia

hablándoos con tal franqueza.

SOFIA. Hoy os juzgais con dureza.

JORGE. No me hago mas que justicia;

y no vayais á juzgar

que sea arrepentimiento:

aunque quisiera, y lo siento,

no me podría enmendar.

Ya que cesan de estar juntas

nuestras almas desde ahora,

¿me contestareis, señora,

á algunas breves preguntas?

- mas... con franqueza.
- SOFIA. Si tal;
y ofrezco mas, que al hacellas
responderé á todas ellas
con mi lealtad habitual.
- JORGE. ¿Tuvisteis disputa alguna,
ó alguna desavenencia
durante mi corta ausencia
con mi padre?
- SOFIA. ¿Yo? Ninguna.
- JORGE. ¿Le contrariasteis quizás
haciéndole oposición,
á algun sueño de ambicion
que él acaricie?
- SOFIA. Jamás.
El solo y único anhelo
que mi vida ha sostenido en
en este palacio, ha sido el
volver al nativo suelo.
Me ha halagado la esperanza
de encontrar en su mansion,
un baluarte de affection
que diviso en lontananza;
y desde que al ruego mio me
propicio os habeis mostrado,
ni está el presente nublado,
ni está el porvenir sombrío.
Respiraré en derredor
de aquellos que me han querido,
Perdonad si he interrumpido
vuestras preguntas, señor.
- JORGE. Me faltan algunas mas,
algun tanto delicadas.
- SOFIA. Tambien serán contestadas
como todas las demas.
- JORGE. Absorbido en el raudal
de una vida licenciosa,
no me he curado gran cosa
de mi interés conyugal.
Pudiera ser que supliendo
mi padre á mi celo escaso,
hubiese visto algo acaso

que yo no he visto?

SOFIA. ¡No entiendo!

JORGE. Mientras distraído anduve, ¿habrá mi padre advertido algo para haber tenido los celos que yo no tuve?

SOFIA. Ved, señor, que esta cuestión envuelve entre frases de oro un insulto á mi decoro.

JORGE. Entonces, ¿por qué razón, há poco secretamente doblar las guardias oí?

SOFIA. Si quieren prenderme á mí, no han menester tanta gente.

JORGE. Y ofrece traer delante de los jueces, expeditas, no solo pruebas escritas, sino delito flagrante.

Sofia, en esa celada que prepara el que gobierna, temeís algo que os concierna?

SOFIA. Absolutamente nada.

JORGE. ¿Y no comprendéis tampoco, á qué tienda una misión que dió mi padre al baron de Valden, hace muy poco, fiando á su incierto tino veinte hombres de espada y lanza, y exclamando... su venganza me deja libre el camino?

En esa red preparada

que él se obstina en ocultarme,

¿no veís algo que os alarme?

SOFIA. Absolutamente nada.

JORGE. Os creo, y solo me resta pedir os nuevos perdones por esas explicaciones en una hora tan molesta.

Id á descansar, señora,

y al despedirme de vos,

juro delante de Dios,

Sofia, que á cualquier hora

que os vieseis amenazada,
mi mano que lleva mal
el anillo conyugal,
empuña bien una espada.
SOFIA. Al darme el último adios,
una frase lisonjera
me deja por vez primera
un buen recuerdo de vos. (Váse.)
(El Principe toca un timbre; sale un criado,
toma un candelero y alumbra. La Princesa
se retira á su habitacion; luego sale
otro criado, recoge las luces, y el teatro
queda completamente á oscuras. Felipe entra
por la puerta de la galeria.)

ESCENA IX.

FELIPE solo.

¡Qué densa oscuridad! Todo reposa,
todo durmiendo y en silencio está;
no comprendo qué mano misteriosa
mi incierta planta dirigiendo vá.
Será la sangre que he perdido acaso,
que me hace ver visiones por do quier.
¡Todas las puertas se abren á mi paso
de invisibles fantasmas al poder,
así que sus dinteles he pasado
parecian cerrarse tras de mí!
Ni sé yo mismo cómo aquí he llegado
ni valor tengo de pasar de aquí.
Aquí el abismo con su boca muda,
y en el cielo la luna... ¡Eterno Dios!
¡Qué misterioso lazo es el que anuda
esta noche las almas de los dos!
Nunca el aliento de la boca mia,
el semblante del ángel manchará;
lejos ó cerca te daré, Sofia,
el culto que á los ángeles se dá.
(Se queda de cara á la ventana.)

ESCENA X.

FELIPE, SORIA.

SOFIA. No cabe duda; yo oí
rumores inusitados

y pasos de hombres armados.

¡Qué pasa esta noche aquí!

¡Eterno Dios! ¡Kenismar!

FELIPE. Me admira vuestra sorpresa.

¿No me llamásteis, Princesa?

SOFIA. ¿Que yo os llamé?

FELIPE. A no dudar.

SOFIA. ¡Yo!

FELIPE. Que repaseis os ruego
este billete.

SOFIA. ¡Gran Dios!

¿él que dí á Blum para vos?

FELIPE. Me lo habeis dado en el pliego

que la carta contenia

para vuestra madre.

SOFIA. ¡Oh!

el Elector le metió...

comprendo la felonía.

FELIPE. ¿Seria posible?

SOFIA. ¡Si;

hoy es de mi vida el plazo!

Conde, os han tendido un lazo

para deshonorarme á mí.

FELIPE. ¿Cómo?

SOFIA. ¡Quiere el Elector

que el príncipe libre quede,

y solo alcanzarlo puede

labrando mi deshonor!

Dispuesto un consejo está

preparándose á juzgarme;

pretenden sacrificarme,

y todo me acusará.

FELIPE. Mi espada y mi corazon

os vendrán á defender.

SOFIA. No. Vuestra muerte va á ser

- mi mayor acusacion.
- FELIPE. ¿Y quién me podrá impedir
que yo venga en vuestra ayuda?
- SOFIA. Felipe, no tengais duda,
os matarán al salir.
- FELIPE. El príncipe es caballero,
y á través de mil puñales,
yo llegaré á sus umbrales.
- SOFIA. Quedaos aquí, yo lo quiero:
un hidalgo arranque al menos
vuestros pasos ha guiado.
Dios sabe que hemos obrado
como obrar cumple á los buenos:
y aunque el mundo no nos crea
limpios de afecto liviano,
Kenismar, tornad mi mano;
sea de mí lo que sea.
- FELIPE. Esa prueba lisonjera
de vuestra noble hidalguia
no la pagara, Sofia,
con mil vidas que tuviera
¿Qué haceis, Sofia?
(Sofia llama en el timbre.)
- SOFIA. Llamar (Otra vez.)
y abreviar el plazo, Conde.
¿Qué es esto? ¿Nadie responde?
¡Ya lo veis, no hay que esperar!
- FELIPE. La puerta por donde vos...
(Empujándola con violencia.)
¡Está cerrada!
- SOFIA. ¡Escuchad!
- FELIPE. ¡Y esta tambien! ¡Oh maldad!
¿Cómo salvarla, gran Dios?
- SOFIA. Vienen por la galeria.
- FELIPE. ¡Y he de ser su perdicion!
- SOFIA. ¡Felipe, no hay salvacion!
¡Sálveme Dios!
- FELIPE. ¡Ah, Sofia!

ESCENA XI.

DICHOS, el BARON DE VALDEN.

- FELIPE. ¿Qué es esto?
SOFIA. Vuestro enemigo.
¿Os envia el Elector?
VALDEN. Por venganza de mi honor
me encarga vuestro castigo.
Aun podeis salvar aqui
su honra comprometida;
por esta puerta hay salida...
pero matándome á mí
FELIPE. Aunque debiera reñir
con todo el infierno en peso.
¡Defendedos! ¡Ah!
*(Se pone la mano en el pecho y se sostiene
apoyado en la espada.)*
VALDEN. ¿Qué es eso?
FELIPE. Mi herida se ha vuelto abrir.
VALDEN. ¡Una herida!
SOFIA. Si, muy grave.
FELIPE. Esta tarde á herirme vino
la bala de un asesino
al ir á tomar la llave.
SOFIA. Pedid socorro en seguida,
Baron.
VALDEN. Ved que no andais cuerda.
SOFIA. ¿Qué importa qu yo me pierda
con tal que salve su vida?
FELIPE. ¡Ah!
SOFIA. Por la estancia vecina
vienen; se podrá salvar.
FELIPE. Sostenedme hasta llegar *(Bajo al Baron.)*
alli... tras de la cortina.
(Se esconde tras de la cortina.)

ESCENA XII.

DICHOS, la BARONESA, JORGE, caballeros y criados con luces.

SOFIA. ¡Mi esposo! ¡Valedme, oh Dios!

BAR. ¿En dónde se habrá escondido?

(Pasa la vista extraviada por la escena, y fijándola en la ventana con agitación creciente.)

JORGE. Sé que mi padre hoy ha urdido una intriga contra vos, preparando una celada con un indigno resorte, para que toda la corte os creyese deshonrada. Los que vinisteis acá conmigo, podreis dar fe de que una calumnia fué lo que os han dicho.

(Ligero movimiento en la cortina.)

BAR. ¡Allí está! *(Que lo ha reparado.)*

JORGE. No sucederá ya mas.

Pero... ¿qué teneis, Sofia?

¡Vuestra vista se extravia!

BAR. Dándola el aire, quizás...

JORGE. Teneis razon: por favor, sotedla, voy yo mismo...

(Corre la cortina de la ventana y no se ve á nadie.)

VALDEN. ¡La ha salvado!

SOFIA. ¡Ah! ¡El abismo!

(Cae redonda.)

JORGE. ¡La asesinó el Elector!

FIN DEL DRAMA.

ESCENA XII.

Diegos, la Bayoneta, Jorck, caballetes y criados con
 (Entrada de los criados)

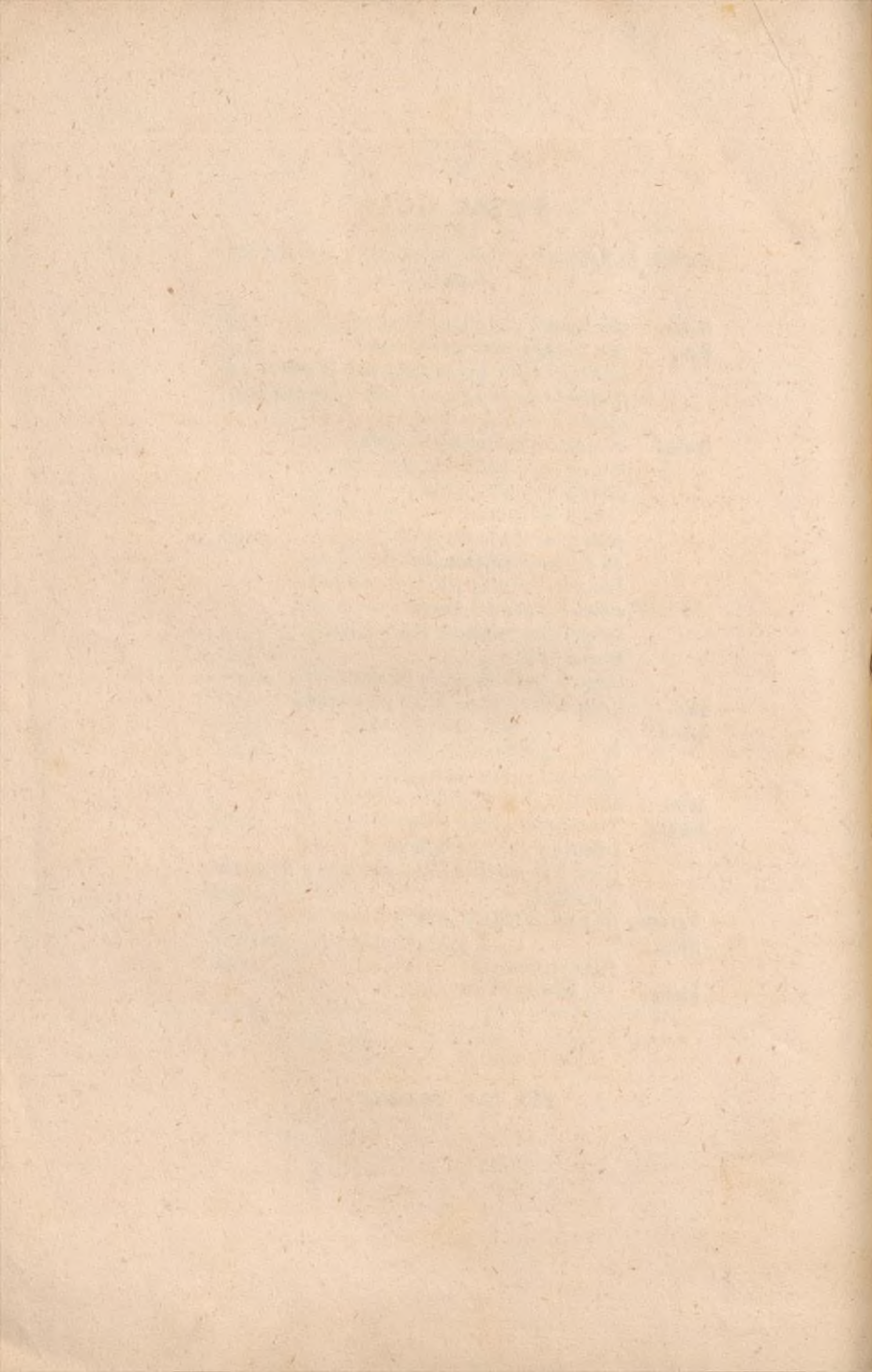
Sofia. Mi esposo! Vástanos, oh Dios mío!
 Bar. En dónde está el escondido?

(Pasa la vista extraviada por la escena, y
 fijándose en la estufa con indignación que-
 riente.)
 Jorck. Se que mi padre hoy ha venido con
 una infamia contra vos, y con una
 preparación una celada para vos, y
 con un ingenio terrible, para
 para que toda la corte sepa que
 os creyese deshonrados, y así con
 las que vinisteis aquí, (Indignado)
 enemigo, podréis dar la razón de
 de que una cristiana fuese así,
 lo que es tan cierto.

(Ligero movimiento en la escena.)
 Bar. ¡Allí está! (Que lo ha reconocido.)
 Jorck. No seáis ya más.
 Pero... ¿qué tenéis, Sofía?
 ¡Vuestra vista se extravía!
 Bándole el ojo, ¿veis?
 Tenéis razón: por favor, no
 soleneáis, voy yo mismo...
 (Corre la cortina de la ventana y no se ve
 a nadie.)
 Valdek. ¡La ha salido! -
 Sofia. ¡Ah! ¡El mismo!

(Que redondea.)
 Jorck. ¡La asesina de Eusebio!

FIN DEL DRAMA.



CATALOGO

de las obras Dramáticas y Liricas de la Galeria

EL TEATRO.

Achaques de la vejez.
 Angela.
 Afectos de odio y amor.
 Arcanos del alma.
 Amar despues de la muerte.
 Al mejor cazador...
 Achaque quieren las cosas.
 Amor es sueño.
 Al cabo de los años mil...
 Alarcon.
 A caza de herencias.
 A caza de cuervos.
 Amante, rival y paje.
 Amor, poder y pelucas.
 Al llegar á Madrid.
 Amar por señas.
 Alumbrá tu víctima.
 Amor de antesala.
 A publico agravio pública ven-
 ganza.
 Antes que te cases...
 Bonito viaje.
 Boadicea, *drama heroico*.
 Bodas de un criminal.
 Batalla de reinas.
 Con razon y sin razon.
 Cañizares y Guevara.
 Cómo se rompen palabras.
 Cosas suyas.
 Conspirar con buena suerte.
 Chismes, parientes y amigos.
 Cada cual ama á su modo.
 Cocinero y Capitan.
 Con el diablo á cuchilladas.
 Costumbres políticas.
 Calamidades.
 Contrastes.
 Castor y Polux.
 Catilina.
 Carlos IX y los Hugonotes.
 Don Sancho el Bravo.
 Don Bernardo de Cabrera.
 De audaces es la fortuna.
 Dos sobrinos contra un tío.
 D. Primo Segundo y Quinto.
 Delirium tremens.
 Disfraces, sustos y enredos.
 Dimas el titiritero.
 El anillo del Rey.
 El amor y la moda.
 El chal de cachemira.

El caballero Feudal.
 El cadete.
 Espinas de una flor.
 ¡Es un angel!
 El 5 de agosto.
 Entre bobos anda el juego.
 El escondido y la tapada.
 En mangas de camisa.
 ¡Está loca!
 El rigor de las desdichas. ó Don
 Hermógenes.
 El pacto de sangre.
 El alma del Rey Garcia.
 El afán de tener novio.
 Esperanza.
 El Gran Duque.
 El Héroe de Bailen, *Loa y Coro-
 na Poética*.
 ¡En crisis!!!
 El Licenciado Vidriera.
 Echarse en brazos de Dios.
 El Suplicio de Tántalo.
 El Justicia de Aragón.
 El Veinticuatro de Febrero.
 El Caballero del milagro.
 El que no cae... resbala.
 El Monarca y el Judío.
 El pollo y la viuda.
 El beso de Judas.
 El rico y el pobre.
 El Niño perdido.
 El amor por la ventana.
 El juicio público.
 El todo por el todo.
 El sitio de Sebastopol.
 El querer y el rascar....
 El destino.
 El molino de la ermita.
 El corazón de un padre.
 El gitano.
 El padre del hijo de mi mujer.
 El perro ó yo.
 El hombre negro.
 El fin de la novela.
 En Aranjuez y en Madrid.
 El conde de Selmar.
 El filántropo.
 El collar de perlas.
 El ángel de la casa.
 El que las da las toma.
 El domine y el montero.
 El mejor amigo, un duro.

El árbol torcido.
 El camino de presidio.
 Faltas juveniles.
 Flor de un día.
 Furor parlamentario.
 Fea y pobre.
 Gato por liebre.
 Grazalema.
 Hacer cuenta sin la huésped.
 Historia China.
 Honra por honra.
 Herencia de lágrimas.
 Instintos de Alarcon.
 Indicios vehementes.
 Isabel de Médicis.
 Juan sin Tierra.
 Juan sin Pena.
 Juana de Arco.
 Judit.
 Jaime el Barbudo.
 Jorge el artesano.
 Juana de Nápoles.
 Juicios de Dios.
 La escuela de los amigos.
 Los Amantes de Teruel.
 Los Amantes de Chinchon.
 Los Amores de la niña.
 Las Apariencias.
 La Banda de la Condesa.
 La Baltasara.
 La Creacion y el Diluvio.
 La Esposa de Sancho el Bravo.
 Las Flores de Don Juan.
 La Gloria del arte.
 Las Guerras civiles.
 La Gitanilla de Madrid.
 La escala del poder.
 La Hiel en copa de oro.
 Los empeños de un acaso.
 Las tres manías, ó cada loco con
 su tema.
 La Herencia de un poeta.
 Lecciones de Amor.
 Lorenzo me llamo y Carbonero
 de Toledo.
 Lo mejor de los dados...
 Llueven hijos.
 Los dos sargentos es pañoles ó
 la linda vivandera.
 La Madre de San Fernando.

La verdad en el Espejo.
 La boda de Quevedo.
 Las dos Reinas.
 La Providencia.
 Las Prohibiciones.
 La Campana vengadora.
 La libertad de Florencia.
 Los dos inseparables.
 La pesadilla de un casero.
 La voz de las Provincias.
 La Archiduquesita.
 La Crisis.
 Los extremos.
 La hija del rey René.
 La bondad sin la experiencia.
 La escuela de los perdidos.
 La corte del Rey poeta.
 La resurreccion de un hombre.
 Las Barricadas de Madrid.
 La Pasion de Jesus.
 La alegría de la casa.
 Las cuatro estaciones.
 Las mujeres de mármol.
 La flor del valle.
 La choza del almadreho.
 Los dedos huespedes.
 Los éxtasis.
 La posdata de una carta.
 La conquista de Toledo.
 La Hiel en copa de oro.
 La libertad de Florencia.
 La Vaquera de la Fiojosa.
 La vida de Juan Soldado.
 La llave de oro.
 La pluma y la espada.

Los pobres de Madrid.
 La ninfa iris.
 Libertinaje y pasion.

Mal de ojo.
 Mi mamá.
 Misterios de Palacio.
 Martín Zurbano.
 Mariana Labarlu.
 Mi suegro y mi mujer.
 Marta la flamenca.
 Nobleza contra Nobleza.
 Negro y Blanco.
 Ninguno se entiende.
 No hay amigo para amigo.
 No es la Reina!!!
 Navegar á la ventura.

Oráculos de Talía.
 Olimpia.
 Para heridas las de honor, ó el
 desagravio del Cid.
 Pescar á rio revuelto.
 Por la puerta del jardín.
 Por un reloj y un sombrero.
 Por ella y por él.
 Por una hija!...
 Rival y amigo.

San Isidro (*Patron de Madrid*)
 Su imagen.
 Simpatía y antipatía
 Sueños de amor y ambicion.
 Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos

ZARZUELAS.

Amor y misterio.
 A última hora.
 Alhambra á este caballero.
 A Rusia por Valladolid.
 Angélica y Medoro.

Catalina.
 Claveyina la Gitana.
 Cuatro, pirita y alcohol.
 Carlos Broschi.
 Cupido y Marte.
 Cuando aborrecaron á Quevedo.

Diez minutos de reinado.
 El Vizconde.
 El trompeta del Archiduque.
 El amor y el almuerzo.
 El Grumete.
 El calesero y la maja.
 El delirio.
 El Valle de Andorra.
 El Dominó Azul.
 El sueño de una noche de verano.
 Escenas en chamberí.
 El ensayo de una ópera.
 Entre dos aguas.
 El esclavo.

El Hijo de familia, ó el lancero
 voluntario.
 El perro del hortelano.
 El Sonámbulo.
 El diablo en el poder.
 El lancero.

Guerra á muerte.
 Galanteos en Venecia.
 Gracias á Dios que está puesta
 la mesa.
 Gato por liebre.

Juan Lanas.
 La litera del Oidor.
 La Espada de Bernardo.
 La Gotorra.
 La cola del diablo.
 Los dos Flamantes.
 La vergonzosa en Palacio.
 La Dama del Rey.
 La Cacería real.
 Los jardines del Buen Retiro.
 La hija de la Providencia.
 Los Comuneros.
 Los dos ciegos.

Trabajar por cuenta ajena.
 Traidor, infonfeso y mártir.
 Todos u nos.

Un Amor á la moda.
 Una conjuración femenina.
 Una conversión en diez minutos.
 Un dómíne como hay pocos.
 Una llave y un sombrero.
 Una lección de corte.
 Una mujer misteriosa.
 Una mentira inocente.
 Una noche en blanco.
 Un paje y un Caballero.
 Una falta.
 Última noche de Camoens.
 Una historia del día.
 Un pollito en calzas prietas.
 Un si y un no.
 Un huésped del otro mundo.
 Una broma de Quevedo.
 Una venganza leal.
 Una coincidencia alfabética.
 Una lagrima y un beso.
 Una Virgen de Xurillo.
 Una aventura de Tirso.
 Una lección de mundo.
 Una noche en blanco.
 Una mujer de historia.
 Una ráfaga.

Verdades amargas.
 Vivir y morir amando.
 Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
 Serranía de Ronda.

La Estrella de Madrid (*Su música*).
 Loco de amor y en la corte.
 Los diamantes de la Corona.
 La noche de ánimas.
 La familia nerviosa, ó el suegro
 omnibus.
 Las bodas de Juanita.
 La flor de la serranía.
 La Zarzuela.
 La corte de Mónaco.
 Los Madgyares.

Moreto.
 Mis dos mugeres.
 Marina.
 Mateo y Matea.

Pedro y Catalina, ó el Gran
 Maestro.
 Pablito. (Segunda parte de D. Si-
 mon.)

Tres para una.

Un sombrero de paja.
 Un día de reinado.
 Un sobrino.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
 c.arto situado de la izquierda.